

FRANCISCO HIDALGO FERNÁNDEZ

JOSÉ A. NIETO SÁNCHEZ

(COORDS.)

Artesanos

Una historia social en España

(siglos XVI-XIX)



TREA

HISTORIA SOCIAL DE LA POBLACIÓN



Artesanos

CONSEJO EDITORIAL
DE LA SERIE HISTORIA SOCIAL DE LA POBLACIÓN

Dirección

GARCÍA GONZÁLEZ, Francisco. Universidad de Castilla-La Mancha

Miembros

ALÍA MIRANDA, Francisco. Universidad de Castilla-La Mancha	IMÍZCOZ BEUNZA, José María. Universidad del País Vasco
ATIENZA LÓPEZ, Ángela. Universidad de La Rioja	LANZINGER, Margareth. University of Vienna, Austria
BELLAVITIS, Anna. Université de Rouen Normandie, Francia	LÓPEZ GUADALUPE-MUÑOZ, Miguel Luis. Universidad de Granada
BLANCO CARRASCO, José Pablo. Universidad de Extremadura	MANTECÓN MOVELLÁN, Tomás. Universidad de Cantabria
BORDERÍAS MONDEJAR, Cristina. Universitat de Barcelona	MARTÍNEZ LÓPEZ, David. Universidad de Granada
CANDAU CHACÓN, María Luisa. Universidad de Huelva	PÉREZ, Béatrice. Université Paris-Sorbonne-Paris IV
CHACÓN JIMÉNEZ, Francisco. Universidad de Murcia	PUJADAS MORA, Joana María. Universitat Oberta de Catalunya
FARGAS PEÑARROCHA, María Adela. Universitat de Barcelona	REY CASTELAO, Ofelia. Universidade de Santiago de Compostela
FRANCO RUBIO, Gloria. Universidad Complutense de Madrid	RODRIGUES, José Damião. Universidade de Lisboa
GARCÍA FERNÁNDEZ, Máximo. Universidad de Valladolid	ROIGÉ VENTURA, Xavier. Universitat de Barcelona
GHIRARDI, Mónica. Universidad Nacional de Córdoba, CONICET, Argentina	ROSAS, Claudia. Pontificia Universidad Católica del Perú
GONZÁLEZ BELTRÁN, Jesús Manuel. Universidad de Cádiz	RUGGIU, François-Joseph. Université Sorbonne-Paris IV-CNRS
GUZZI-HEEB, Sandro. Université de Lausanne, Suiza	SÁNCHEZ GARCÍA, Raquel. Universidad Complutense de Madrid
HERNÁNDEZ FRANCO, Juan. Universidad de Murcia	SARTI, Raffaella. Università degli Studi di Urbino, Italia
IGUAL LUIS, David. Universidad de Castilla-La Mancha	VOLPI SCOTT, Ana Silvia. Universidade Estadual de Campinas, Brasil

Artesanos

Una historia social en España (siglos XVI-XIX)



FRANCISCO HIDALGO FERNÁNDEZ

JOSÉ ANTOLÍN NIETO SÁNCHEZ

(eds.)

Ediciones Trea

Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha

Este libro forma parte del proyecto de investigación de referencia PID2020-119980GB-I00, financiado por MCIN/AEI/10.13039/501100011033, dirigido por Francisco García González (Universidad de Castilla-La Mancha) y Jesús Manuel González Beltrán (Universidad de Cádiz), y del proyecto de investigación de referencia PID2022-142050NB-C22, financiado por MCIN/AEI/, dirigido por José Antolín Nieto Sánchez (Universidad Autónoma de Madrid) y Fernando Andrés Robres (Universidad Autónoma de Madrid).



ESTUDIOS HISTÓRICOS LA OLMEDA
COLECCIÓN HISTORIA SOCIAL DE LA POBLACIÓN, 6

Primera edición: noviembre de 2024

© de los textos: sus respectivos autores, 2024

Motivo de cubierta: *El taller del zapatero*, de David Ryckaert, ca. 1650. Rijksmuseum

© de esta edición:

Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha

Ediciones Trea, S. L.

Polígono de Somonte / María González la Pondala, 98, nave D

33393 Somonte-Cenero. Gijón (Asturias)

Tel.: 985 303 801 / Fax: 985 303 712

trea@trea.es / www.trea.es

Dirección editorial: Álvaro Díaz Huici

Producción: Patricia Laxague Jordán

Corrección: Almudena Zapatero

Maquetación: Almudena Zapatero

D. L.: AS 02580-2024

ISBN: 978-84-10263-54-3

ISBN: 978-84-9044-689-8 (Edición impresa UCLM)

ISBN: 978-84-9044-690-4 (Edición electrónica UCLM)

Impreso en España. *Printed in Spain*

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo por escrito de Ediciones Trea, S. L.

La Editorial, a los efectos previstos en el artículo 32.1 párrafo segundo del vigente TRLPI, se opone expresamente a que cualquiera de las páginas de esta obra o partes de ella sean utilizadas para la realización de resúmenes de prensa.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Índice

Artisanos. Una historia social en España (siglos XVI-XIX)	11
FRANCISCO HIDALGO FERNÁNDEZ Y JOSÉ ANTOLÍN NIETO SÁNCHEZ	
1. De los peligros, los riesgos y las incertidumbres en el Antiguo Régimen.	
Reflexiones en torno a la historia social de los artesanos	31
FRANCISCO HIDALGO FERNÁNDEZ	
Sociología del mundo contemporáneo e historia del Antiguo Régimen: peligros, riesgos e incertidumbres	36
De los peligros y sus sombras	43
Toda decisión asume un riesgo	49
Tiempos de incertidumbre social	57
Conclusiones	62
2. Artesanos del mar océano: cosmografía, imperio y sociedad en la España moderna	65
ANTONIO SÁNCHEZ	
La ciencia moderna y los artesanos	65
Una cosmografía artesanal	71
Artisanos de Indias: espacios, oficios y técnicas	72
Sistemas de aprendizaje y adquisición de conocimientos	78
Transferencia del saber náutico: un corpus artesanal	81
Dando forma a la materia: conocimiento local y artefactos globales	84
Conclusiones	88
Agradecimientos	89
3. La organización del trabajo artesanal en la Valencia del siglo XVIII.	
La función de los gremios en una ciudad industrial.	91
RICARDO FRANCH BENAVENT Y DANIEL MUÑOZ NAVARRO	
El mundo del trabajo artesanal en la Valencia del siglo XVIII	93
La hegemonía de los gremios sederos en la Valencia del siglo XVIII	100
Proletarización artesanal y declive industrial a comienzos del siglo XIX	119

4. Trabajo artesanal en el Oviedo del siglo XVIII: un ejemplo urbano en un territorio ruralizado	131
ALBERTO MORÁN CORTE	
El sector artesanal en Asturias a mediados del siglo XVIII: una introductoria visión comparada entre el Principado y su capital	134
A vueltas con los gremios en el Oviedo moderno	138
La estructura laboral artesanal en la ciudad de Oviedo en el siglo XVIII	141
Un acercamiento a las estimaciones salariales del artesanado urbano	146
Un nuevo enfoque: veinte años después	150
Algunas conclusiones y una incertidumbre recurrente	155
5. Tejiendo el saber: los aprendices del gremio de <i>velluters</i> de Valencia, 1570-1682	159
PAULA GONZÁLEZ FONS	
El gremio de <i>velluters</i> y su contexto económico en los siglos XVI y XVII	162
La evolución de los aprendices de <i>velluters</i> en una época de fluctuaciones económicas	164
Conclusiones	179
6. Modelos de aprendizaje artesano en las instituciones asistenciales de la Edad Moderna	183
JESÚS AGUA DE LA ROZA	
Los modelos de aprendizaje artesano en la red asistencial madrileña	184
El modelo de aprendizaje tradicional	189
El modelo de trabajo asalariado	201
Conclusiones	213
7. Migración y oficio: trayectorias vitales y laborales de los aprendices de tejedor de seda (<i>velers</i>) de Barcelona, 1782-1850	217
YOSHIKO YAMAMICHI, ÀNGELS SOLÀ PARERA Y JOANA-MARIA PUJADAS-MORA	
Fuentes y metodología	221
Movilidad geográfica y laboral: una panorámica general	223
Algunos modelos de trayectorias laborales y vitales de los que iniciaron el aprendizaje de <i>veler</i> en Barcelona	232
Conclusiones	236

8. «Cuenta de los maravedíes que ha de haber». Artesanos, trabajo y salarios en la corte de los Austrias (1598-1700).	239
ÁLVARO ROMERO GONZÁLEZ	
La primera obligación: el pago de la media anata de mercedes	242
Dinero, trabajo y salario por la indumentaria del rey.....	245
Conclusiones.....	256
9. Los mercados artesanos de trabajo en la Casa Real:el sector de la confección, 1789-1830.	259
SANDRA ANTÚNEZ LÓPEZ	
El mercado interno de trabajo de palacio.....	261
El mercado secundario de trabajo.....	271
Interrelación entre centro y periferia: espacio y mercados de trabajo	278
Conclusiones.....	282
10. Las mujeres en la industria precapitalista:Madrid y Castilla la Nueva, ss. XVI a inicios del XIX	285
VICTORIA LÓPEZ BARAHONA	
El despojamiento de la maestría gremial a través de la obstrucción del aprendizaje	287
La importancia de la dote en la transmisión del oficio artesano.....	293
Las viudas artesanas en el sistema gremial.....	295
El «trabajo recíproco» de las esposas de maestros artesanos	297
Las artesanas autónomas, jornaleras, destajistas y forzadas del campo y la ciudad.....	299
Las transformaciones del último tercio del siglo XVIII: los «oficios propios de su sexo»	305
Unas reflexiones finales.....	312
11. Artesanos rebeldes e «ideal igualitario»: Castilla y Aragón, 1490-1700	319
JOSÉ ANTOLÍN NIETO SÁNCHEZ	
Monipodio o el peligroso asociacionismo artesano	322
Dédalo o el «ideal igualitario menestral»	328
Oficios conflictivos	334
Reivindicaciones	344
La epistemología artesana del conflicto	353
Conclusiones	358

12. Asociacionismo artesano: gremios, cofradías y hermandades durante la transición al régimen liberal (Barcelona, 1784-1839)	361
JUANJO ROMERO MARÍN Y BRENDAN VON BRIESEN	
Orígenes del gremialismo	364
Asociacionismo preindustrial en España	368
El «obrerismo corporativo»	374
Gremios de oficiales y sociedades obreras	384
Conclusiones	391

De los peligros, los riesgos y las incertidumbres en el Antiguo Régimen. Reflexiones en torno a la historia social de los artesanos¹

FRANCISCO HIDALGO FERNÁNDEZ²

En mayo de 1984, en la ciudad de Milán, Ilya Prigogine, premio nobel de Química en 1977, concedió una interesante entrevista que se incluyó más tarde en su obra *El nacimiento del tiempo*. Como resulta lógico, el contenido central de las cuestiones planteadas a Prigogine circulaban en torno al tiempo y su concepción en relación con el universo. Entre las respuestas, extraemos una que invita a la reflexión: «la vida es el reino de lo no-lineal, la vida es el reino de la autonomía del tiempo, es el reino de la multiplicidad de las estructuras».³ De ello derivaría que, interpretarla como un camino lineal, al igual que ocurre si de lo que hablamos es de su sentido cíclico, no deja de ser un ejercicio reduccionista que elude las encrucijadas, las inflexiones e impases. Así, si aceptamos la premisa de que la vida, efectivamente, es «el reino de lo no-lineal», queda plantear otra cuestión: ¿cómo la historiamos?

A lo largo de la segunda mitad del siglo xx, la Historia se vio envuelta en una serie de avances metodológicos que impulsaron, entre otras cuestiones, los análisis transversales, especialmente en aquellos temas de índole socioeconómica que mostraron una gran operatividad a la hora de identificar las características de comunidades o grupos cohesionados. Sin embargo, los nuevos procedimientos no pueden desvincularse de un marco teórico donde las estructuras desempeñaron un papel determinante al calor de las reflexiones de la escuela marxista inglesa, pero también de la francesa de Annales. Como decimos, en el lapso temporal iniciado tras el fin de la Segunda Guerra Mundial se experimentó una auténtica renovación de los métodos disciplinares donde las perspectivas cuantitativas ganaron peso frente

¹ Esta publicación es parte del proyecto de I+D+i / *Familia, dependencia y ciclo vital en España, 1700-1860*, [Referencia PID2020-119980GB-I00] financiado por MCIN/AEI/10.13039/501100011033/ dirigido por Francisco García González (Universidad de Castilla-La Mancha) y Jesús M. González Beltrán (Universidad de Cádiz).

² Universidad de Cádiz.

³ Ilya Prigogine (2021): *El nacimiento del tiempo ¿Cómo apareció el tiempo en el universo?*, Barcelona: Tusquets, p. 35.

a una historia política demasiado apegada al acontecimiento.⁴ Y es que el impacto que el conflicto tuvo en la economía, los valores o los comportamientos poblacionales, entre otras cuestiones, fueron decisivos en la modificación de los intereses investigadores. Es entonces cuando la historia social experimentó un impulso sin precedentes, interpretándose también como una alternativa a los planteamientos de una historia política de tintes conservadores —más aún en España—.⁵ En definitiva, lo social se convirtió en corriente innovadora.

Por otro lado, la aplicación de perspectivas temporales a los análisis transversales ofreció grandes oportunidades a la hora de identificar las transformaciones acaecidas en una duración determinada. Se impusieron cada vez más —y en ello seguimos—, por tanto, como una más que oportuna metodología a la hora de examinar las alteraciones producidas en las prácticas de comportamiento grupal en relación con el proceso de cambio social. Para el caso que nos interesa —el artesanado—, aunque bien podríamos extenderlo al conjunto de colectivos sociales ajenos a las élites —producto de la parquedad comparativa de las fuentes—, el estudio transversal y de base cuantitativa se hace habitual. Y no nos referimos a aquellas publicaciones preocupadas por los gremios que basan sus afirmaciones en el examen de las ordenanzas gremiales, sino más bien al artesanado como grupo profesional, agremiado o no, y a sus prácticas, no a los planteamientos teóricos de la normativa.⁶

La producción del *retorno gremial* da buena muestra de lo expuesto. Aunque todavía apegada a la historia institucional y económica,⁷ y no tanto social, vienen siendo recurrentes los trabajos en torno a las tasas de transmisión intergeneracional del oficio, las edades de acceso al aprendizaje o a la maestría o los niveles de incorporación de artesanos migrantes. Se obtiene de todo ello unas conclusiones claramente ilustrativas que, mediante el cálculo de porcentajes, permiten problematizar tesis ampliamente extendidas que no han tenido la necesaria comprobación,⁸ evidenciando las limitaciones y peligros de un método únicamente cualitativo, en ocasiones, generador de conclusiones poco consistentes.

Dicho esto, y sin querer detenernos mucho en la introducción del capítulo, la historia social de corte estructural fue en parte superada y, desde los noventa, la

⁴ Elena Hernández Sandoica (2004): *Tendencias historiográficas actuales. Escribir historia hoy*, Madrid: Akal.

⁵ James Amelang (2008): «En estado frágil», *Historia Social*, 60, pp. 131-138.

⁶ De la amplia producción que podríamos referenciar, sirvan como ejemplo los monográficos publicados en *International Review of Social History*, 53, 16, 2008 o *Áreas. Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 34, 2015.

⁷ Jan Lucassen, Tine De Moor y Jan Luiten van Zanden (2008): «The return of the guilds: towards a global history of the guilds in pre-industrial times», *International Review of Social History*, 53, 16, p. 5.

⁸ José Antolín Nieto Sánchez y Juan Carlos Zofío Llorente (2015): «Los gremios de Madrid durante la Edad Moderna: una revisión», *Áreas. Revista Internacional de Ciencias Sociales*, 34, pp. 47-61.

pérdida de influencia de las corrientes historiográficas marxistas produjo un declive acentuado en todo su armazón conceptual y metodológico. Si, por un lado, ha sido sustituida por una historia en migajas —pese a que en muchas formulaciones las estructuras siguen estando presentes de manera implícita—, por otro, categorías analíticas como la *clase* se han abandonado intencionadamente en favor de otras vinculadas no tanto con la historia social como con la historia cultural.⁹ Y es que, también hay que señalarlo, existían importantes limitaciones que la historia social de los últimos años pretende superar. De todas ellas, una de las cuestiones principales circula en torno a la recuperación del sujeto. Frente a una historia cuantitativa donde el individuo queda oculto en el grupo en el cual se integra, los planteamientos actuales, impulsados por la historia de la familia, pretenden superar el anonimato e incidir no solo en las dinámicas colectivas, sino también en las iniciativas individuales.¹⁰

Cabe precisar en este punto que no se plantea con ello —o, al menos, no por nuestra parte— una historia social de corte liberal. Nuestras reflexiones o intereses no parten del concepto de individualismo, sino de la integración del individuo en la sociedad; nuestra hipótesis en resumen atiende a la dialéctica entre individuo y grupo, asumiendo las dependencias y tensiones, encuentros y desencuentros de ambas como verdadero motor del cambio social.¹¹

Ciertamente, en la actualidad, la biografía, con una evolución particular en la historiografía, vive un momento de gran revitalización bajo procedimientos renovados.¹² Podemos suponer que la progresiva importancia del individuo en las sociedades contemporáneas, así como el hecho de que las políticas neoliberales del mundo occidental hayan permitido el regreso de un género que, cuando coincidió con la etapa de mayor empuje de la historia social, quedó relegado a un segundo plano, ha favorecido este nuevo impulso. Aun así, la biografía no sería producto único de lo expuesto, y ciertamente aporta grandes claves interpretativas dentro de discursos históricos más amplios, ayudando a comprender procesos de mayor complejidad y extensión. No obstante, ni la historia puede constituirse mediante la suma de casos singulares, desembocando en una visión caleidoscópica que dificulta la sistematización y comprensión de procesos pasados, ni tampoco la disciplina puede volver a incidir en la relevancia de los hombres y mujeres de la élite como

⁹ Geoff Eley y Keith Nield (2010): *El futuro de la clase en la Historia. ¿Qué queda de lo social?*, Valencia: PUV.

¹⁰ Máximo García Fernández y Francisco Chacón Jiménez (2014) (dirs.): *Ciudadanos y familias. Individuos e identidad sociocultural hispana (siglos XVII-XIX)*, Valladolid: Universidad de Valladolid.

¹¹ Francisco Chacón Jiménez: «Familia versus cambio social: el tiempo de los individuos», en Máximo García Fernández y Francisco Chacón Jiménez (dirs.): *Ciudadanos y familias...*, o. cit., p. 32.

¹² Isabel Burdiel y Roy Foster (2015): *La historia biográfica en Europa. Nuevas perspectivas*, Zaragoza: Instituto Fernando el Católico.

principales agentes históricos, pues ellos son los verdaderos protagonistas de las biografías a razón de las oportunidades documentales.¹³

Frente a esto, y añadiendo las particularidades de una obra colectiva en la que se integra este capítulo, la propuesta que desarrollaremos a continuación pasa por la confluencia de las perspectivas cuantitativas y transversales con las cualitativas y longitudinales, lo que permite la reconstrucción de trayectorias vitales y familiares. Dicho lo cual, sin abandonar el análisis prosopográfico, debemos avanzar hacia estudios de caso útiles para la comprensión de las pautas de comportamiento del grupo profesional en cuestión que, en última instancia, no estén limitados desde el planteamiento de los objetivos. Se señala la potencialidad analítica y no tanto lo excepcional, relevante en su contexto, pero de escasa importancia histórica al tomarlo de manera aislada. Volvemos a repetirlo, el esfuerzo disciplinar pasa por la sistematización, no por la continua producción de piezas tan excepcionales que no permitan unirse unas con las otras.

Esta fue precisamente la premisa de nuestra tesis doctoral en torno a los artesanos plateros del sureste peninsular en los siglos XVIII y XIX,¹⁴ la que consideramos supuso un aporte al conocimiento de un grupo profesional estudiado principalmente desde la historia del arte y, menos, desde los planteamientos de la historia del trabajo y la historia de la familia. Pero, más allá de aportar nuevos datos que pudiesen ser comparados con otras profesiones artesanales, entre los objetivos principales estuvo la aprehensión del proceso de cambio social experimentado en el ocaso del Antiguo Régimen. Para ello, fue necesaria la aplicación práctica de las reflexiones teóricas en torno a los análisis longitudinales, expuesta por François-Joseph Ruggiu,¹⁵ y las trayectorias familiares, por parte de Francisco García González,¹⁶ ambas desde la historia, aunque con una importante base sociológica, desde Glick hasta Hareven y, por supuesto, Bourdieu.¹⁷ La cuestión principal radicó en determinar el cuándo y el cómo de las transformaciones profesionales,

¹³ Emilia La Parra López (2002): *Manuel Godoy. La aventura del poder*, Barcelona: Tusquets; Isabel Burdiel (2010): *Isabel II. Una biografía (1830-1904)*, Barcelona: Taurus. No obstante, se hace interesante destacar el estudio de las autobiografías de individuos alejados de las capas altas de la sociedad. Véase James Amelang (2003): *El vuelo de Ícaro. La autobiografía popular en la Europa Moderna*, Madrid: Siglo XXI.

¹⁴ Francisco Hidalgo Fernández (2022): *Familia y artesanos plateros en el sureste español, 1700-1868. Trayectorias de cambio y movilidad social*, tesis doctoral, Málaga: Universidad de Málaga.

¹⁵ François-Joseph Ruggiu (2009): «A way out of the crisis. Methodologies of early modern social history in France», *Cultural and Social History*, 6, 1, pp. 75-77.

¹⁶ Francisco García González: «Trayectorias familiares. Reflexiones metodológicas para la investigación en el Antiguo Régimen», en Francisco García González (ed.): *Familias, trayectorias y desigualdades. Estudios de historia social en España y en Europa, siglos XVI-XIX*, Madrid: Sílex, pp. 27-54.

¹⁷ Paul C. Glick: «The life cycle of the family», *Marriages and family living*, 17, 1, pp. 3-9; Tamara K. Hareven: «The history of family and complexity of social change», *American Historical Review*, 96, 1, pp. 95-124; Pierre Bourdieu (1989): «La ilusión biográfica», *Historia y Fuente Oral*, 2, pp. 27-33.

económicas, familiares y, en definitiva, sociales.¹⁸ En este sentido, la perspectiva temporal fue protagonista y lo sigue siendo en los estudios posteriores que hemos desarrollado: planteamientos teóricos de marcado signo multidisciplinar que han derivado en una preocupación en torno a la concepción subjetiva del tiempo por parte de los agentes históricos estudiados. Desde aquí, y dado que atendemos a una etapa de profundas y, sobre todo, de continuas transformaciones, en nuestras reflexiones sobresalen dos puntos focales: los conceptos de inflexión¹⁹ y de incertidumbre, sobre los que articulamos este capítulo y nuestra hipótesis de trabajo.

Frente a la sensación de incertidumbre individual, natural en el ser humano ante la falta parcial de conocimiento del futuro, en determinadas etapas históricas donde el cambio se acelera y se resquebrajan las estructuras que habían pautado el comportamiento social, esta incertidumbre rompe el marco de lo personal para definir a una sociedad en su conjunto. Ante esta situación, las experiencias pierden parte de su potencial previsor, por lo que las respuestas antaño útiles no logran ahora conseguir los objetivos marcados. Ante esto, las ya de por sí limitadas estrategias —decisiones intergeneracionales— se hacen inoperantes y la cacofonía —siguiendo a Bauman—²⁰ creada por los cambios solo logra ser superada mediante la capacidad de readaptación. Así, tomando algunos planteamientos de la sociología dirigidos al estudio de las sociedades contemporáneas, lo que perseguimos con este capítulo es *reflexionar y proponer* una historia social del artesanado que atienda al cambio social, que persiga historiarlo teniendo presente las transformaciones a las que tuvo que enfrentarse el sujeto histórico —individual o colectivo—. Las grietas abiertas por este cambio se evidenciaron en los peligros generados por el contexto, pero también en los riesgos de las decisiones tomadas y, en último lugar, en el advenimiento de un tiempo repleto de incertidumbres, en el que el futuro se desdibujó en el horizonte, perdiendo la capacidad de previsión. Antes, sin embargo, hemos de detenernos en estos tres conceptos.

¹⁸ Véase Francisco Hidalgo Fernández (2023): «Trayectorias familiares y prácticas de reproducción social. Una propuesta de investigación desde el artesanado platero del sureste español (1700-1836)», en Francisco García González y Sandro Guzzi-Hebb (eds.): *Historia de la familia, historia social. Experiencias de investigación en España y en Europa (siglos XVI-XIX)*, Gijón: Trea, pp. 621-638.

¹⁹ Francisco Hidalgo Fernández y Daniel Maldonado Cid (2023): *Inflexiones vitales. Trayectorias familiares y cursos de vida en España (siglos XVII-XX)*, Madrid: Dykinson.

²⁰ Zygmunt Bauman (2001): *La posmodernidad y sus descontentos*, Madrid: Akal, p. 219.

Sociología del mundo contemporáneo e historia del Antiguo Régimen: peligros, riesgos e incertidumbres

Dijo Niklas Luhmann que «la puerta hacia el paraíso se cierra con la presencia del término *riesgo*»²¹ o, dicho de otro modo, que con la desaparición de la seguridad, definida por el mismo autor, y dentro de los planteamientos sociológicos, como una «ficción social», se pone fin al horizonte utópico. Si nunca hubo seguridad, el riesgo, el peligro y la incertidumbre se convierten en sensaciones ubicuas. La puerta del paraíso siempre ha permanecido cerrada, y así lo seguirá estando.

Los cambios experimentados en el mundo contemporáneo occidental han llamado la atención de buena parte de los sociólogos desde hace algunas décadas. La amplitud temática y la variedad de las perspectivas dificulta —más aun reconociendo nuestra falta de formación sociológica— la elaboración de un balance que, al menos, se aproxime a la complejidad de la cuestión. Sin embargo, sí que constatamos con claridad una preocupación constante por las profundas transformaciones, donde el peligro, el riesgo y la incertidumbre dibujan un triángulo conceptual altamente definitorio del sentir de estas sociedades. Como apuntasen Miriam Alfie Cohen y Luis H. Méndez, frente a tiempos pasados en los que el abrigo de la seguridad se encontró en los espacios de la religión, la razón o el ideal de progreso, el orden actual, el de la modernidad reflexiva, se ubica en el caos, lo mira de frente rompiendo con antiguas premisas incuestionables.²² El desmoronamiento de esa ficción social que llamamos *seguridad* —seguridad ante el futuro— ha llevado a elaborar un relato sociológico de la historia contemporánea compuesto, a grandes rasgos, por tres etapas correlativas: la *sociedad de clases*, la *sociedad del riesgo* y la *sociedad de la incertidumbre*. No obstante, más allá de esta sucesión de etapas planteadas por Ulrich Beck o Zygmunt Bauman, otros autores se han detenido en la reflexión de esta evolución, a veces desde posicionamientos compartidos, otras, sin embargo, donde las propuestas se alejan. Detengámonos mínimamente en ello y, sobre todo, intentemos aplicarlo al análisis histórico alejándonos de transposiciones automáticas ajenas a la problematización.

A la hora de aproximarnos a eso que denominamos la *sociedad del riesgo* hemos de citar a dos sociólogos de referencia: al ya mencionado Ulrich Beck y a Anthony Giddens. En obras como *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad o Consecuencias de la modernidad*, de Beck y Giddens respectivamente, se elaboran

²¹ Niklas Luhmann (1996): «El concepto de riesgo», en Jostxo Beriain (comp.): *Las consecuencias perversas de la modernidad. Modernidad, contingencia y riesgo*, Barcelona: Anthropos, p. 139.

²² Miriam Alfie Cohen y Luis H. Méndez B. (2000): «La sociedad del riesgo: amenaza y promesa», *Sociológica*, 43, p. 183.

unas interesantes reflexiones sobre los contextos sociales del mundo contemporáneo en relación con las consecuencias generadas por el proceso industrializador, con un gran impacto en las disciplinas sociales. Así lo escribió Giddens a inicios de los noventa, aseverando: «hoy, a finales del siglo xx, muchos mantienen que nos encontramos frente al comienzo de una nueva era a las que han de responder las ciencias sociales, y que trascienden a la misma modernidad». Aludía además a la diversidad de términos utilizados para denominar tanto a la transición entre una y otra era como también al nuevo sistema social que se abría paso por entonces. «La mayoría de esos términos», decía el autor, «sugieren más bien que el anterior estado de las cosas está llegando a su fin (postmodernidad, postcapitalismo; la sociedad postindustrial, y así sucesivamente)».²³ Efectivamente, el prefijo *post* se había por entonces difundido, y a él hacía referencia el propio Beck unos años antes (1986), cuando en el prólogo de su obra llegó a afirmar: «el tema de este libro es el modesto prefijo *post*». Remitía, en última instancia, a eso que permanecía «en el letargo de lo desconocido», pues, «en tiempos de cambio estructural, la representatividad se alía con el pasado e impide la visión de las cumbres del futuro».²⁴ Con estas premisas, se hace evidente que la reflexión sobre el tiempo —subjetivo— se vuelve prioritaria. Lo que no se controla es lo que se desconoce, lo que se ubica en el terreno del no-ser-todavía, esto es, en el futuro.²⁵

En este punto interesa destacar cuáles son los contextos históricos en los que se elaboraron las argumentaciones en torno a la deriva de la *sociedad de clases*, aquella que había existido desde los orígenes de la industrialización, a la *sociedad del riesgo*. Las obras a las que aludimos fueron publicadas a lo largo de la década de 1980 e inicios de 1990, más de cuatro décadas después de los desastres de la Segunda Guerra Mundial y habiendo superado algunos tensionados episodios en el seno de la Guerra Fría. Claro está, y así lo deja en evidencia Beck, que con «dos guerras mundiales, Auschwitz, Nagasaki, luego Harrisburg y Bhopal»,²⁶ el siglo xx no había sido escueto en catástrofes, pero todavía había de llegar Chernóbil. Efectivamente, el accidente nuclear de 1986 alcanzó enormes dimensiones, superando cualquier frontera o límite; y es que los daños de la «era atómica» ocasionaron el final de unos peligros o conflictos que residían en el *otro*. Ahora no había *otros*, sino *todos*. La *sociedad del riesgo* era consecuencia directa de la industrialización, de las formas de perfeccionamiento productivo —para el capital— en detrimento

²³ Anthony Giddens (1993): *Consecuencias de la modernidad*, Madrid: Alianza, pp. 15-16.

²⁴ Ulrich Beck (1998): *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*, Barcelona: Paidós, p. 15.

²⁵ André Comte-Sponville (2001): *¿Qué es el tiempo? Reflexiones sobre el presente, el pasado y el futuro*, Barcelona: Editorial Andrés Bello.

²⁶ Ulrich Beck: *La sociedad del riesgo...*, o. cit., p. 11.

no de determinados sectores ni territorios, sino del planeta en su conjunto. Esto se expresó a la perfección de la siguiente manera: «la fuerza impulsora de la sociedad de clases se puede resumir en la frase: ¡Tengo hambre! Por el contrario, el movimiento que se pone en marcha con la sociedad del riesgo se expresa en la frase: ¡Tengo miedo!».²⁷ Lo que se produjo fue el inicio del resquebrajamiento del ideal de progreso. El futuro dejó de ser un tiempo de oportunidades para convertirse en un tiempo repleto de peligros contra «las bases naturales de la vida».

Una de las cuestiones principales de lo que venimos hablando radica en que la existencia misma de la *sociedad del riesgo* supone una alteración de los tiempos de referencia en el vivir cotidiano. Ya no será el pasado el que determine la acción presente en función de las experiencias acumuladas. Por el contrario, las acciones comenzaron a estar determinadas por el futuro: «En su lugar aparece como “causa” de la vivencia y de la actuación presente el futuro, es decir, algo que no existe, construido, ficticio»,²⁸ escribió Beck. Palabras que, en esencia, nos recuerdan a otras escritas por Louis-Sébastien Mercier en el último tercio del siglo XVIII, y sobre las que tendremos oportunidad de volver al final de este epígrafe: «El miserable que, agotado por el presente, no podía vivir más que en el futuro». ²⁹ La mirada se dirige a lo invisible, a la nada, pues, como apuntase Luhmann, «desde el presente, el futuro es incierto»,³⁰ cuya única existencia es la de ser una proyección, un deseo, un cálculo sujeto a márgenes de error, al riesgo.

Pero ante estas acciones arriesgadas dirigidas hacia el futuro se hace necesario armarse de instrumentos que aporten, si no seguridad, sí un colchón que aminore los posibles daños. La experiencia, construida en el pasado, ya no es suficiente para afrontar el porvenir, aunque no por ello desaparece al completo su valor. Como alternativa, la sociedad desposeída de seguridades pone su confianza en lo que Giddens denominó los *sistemas de expertos*, entendidos como estructuras de conocimiento técnico que aglutinan la autoridad en tanto que la sociedad les reconoce su *fiabilidad*.³¹ No obstante, no podemos llevarnos a error: ni los *sistemas de expertos* pueden ser considerados como restituidores totales de la seguridad, ni la *fiabilidad* como antagónica al riesgo; más bien, se sitúa en un espacio fronterizo entre el saber, el saber a medias y el no saber. La modernidad, citando de nuevo a Giddens, «es un fenómeno de doble filo». Pero además de estos *sistemas*, como decimos, configurados sobre la base de conocimientos especializados, de la que están desprovistos el

²⁷ Ulrich Beck: *La sociedad del riesgo...*, o. cit., pp. 55-56.

²⁸ *Ibidem*, p. 40.

²⁹ Louis-Sébastien Mercier (2016): *El año 2440. Un sueño como no ha habido otro*, Madrid: Akal, 2016, p. 6

³⁰ Niklas Luhmann: «El concepto de riesgo...», o. cit., p. 138.

³¹ Anthony Giddens: *Consecuencias...*, o. cit., pp. 80-108.

resto de los individuos, posiblemente incluidos a su vez en otros *sistemas*, hemos de tener en cuenta otros instrumentos que limitan el riesgo. Nos referimos en esta ocasión a la *solidaridad*, por así decirlo, social de la que nos habla Beck. Una actitud solidaria que surge ante el miedo, que está desposeída de cualquier tipo de actuación *gratuita*, en el sentido planteado también por Bourdieu,³² y que además pasa a convertirse en «fuerza política».³³ Con todo, al ponerse el foco en el futuro incierto, toda acción con implicaciones en el provenir asume un riesgo, haciendo necesario que el sujeto se pertreche de herramientas para aminorarlo, un pertrecho que, no podemos obviarlo, también ha de ser identificado como acción arriesgada. El ser social se vuelve altamente vulnerable en la modernidad reflexiva.

De lo que hablamos, a fin de sintetizar y tamizar la problemática, es de un proceso de aceleración del cambio histórico plenamente relacionado con el sistema capitalista y, por ende, con las formas de producción industrial y las condiciones vitales que originan. Bajo nuestro criterio e interpretación, y teniendo en cuenta lo anterior, podemos referirnos a la siguiente deriva: la de la *sociedad del riesgo* a una *sociedad de la incertidumbre* que se está implantando, a grandes rasgos, desde inicios de los años 2000.³⁴ El origen y las características de esta última permiten hablar de una cierta continuidad. Así, podemos citar un incremento de la velocidad del cambio social que devalúa el impacto del pasado —la experiencia acumulada—, la existencia de un futuro con mayores cotas de incertidumbre y, resultado de ello, la desposesión de las herramientas para enfrentarnos a él, en la medida en que las existentes en la *sociedad del riesgo* se vuelven inoperantes.

Son muchos los autores que han tratado la incertidumbre desde varias perspectivas en las últimas décadas, entre los que habría que citar el reconocido impacto de las reflexiones de Zygmunt Bauman o Richard Sennett. Más recientemente contamos con un número relevante de obras que tratan las sociedades contemporáneas desde la incertidumbre, no solo como característica innata de las mismas, sino también como categoría analítica, dando muestras de la vitalidad del debate. Por citar algunas: *La sociedad de la incertidumbre* (2013), *Incetidumbres en las sociedades contemporáneas* (2020) o *Incetidumbres del ethos vital contemporáneo* (2023).³⁵

³² Pierre Bourdieu (1997): *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Barcelona: Anagrama, p. 140.

³³ Ulrich Beck: *La sociedad del riesgo...*, o. cit., p. 56.

³⁴ Ramón Ramos Torre (2006): «La deriva hacia la incertidumbre de la sociedad del riesgo», en Juan de Dios Ruano Gómez (dir.): *I Jornadas sobre Gestión de Crisis. Más allá de la sociedad del riesgo*, A Coruña: Universidade da Coruña, pp. 27-44.

³⁵ Hugo José Suárez, Guy Bajoit y Verónica Zubillaga (2013) (coords.): *La sociedad de la incertidumbre*, México: Universidad Nacional Autónoma de México; Ramón Ramos Torres y Fernando J. García Selgas (2020) (eds.): *Incetidumbres en las sociedades contemporáneas*, Madrid: CIS; Gilberto Cely Galindo y Mary Cecilia Berrío Norman (2023): *Incetidumbres del ethos vital contemporáneo. Del antropocentrismo al biocentrismo*, Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.

Como apuntan Ramón Ramos y Fernando J. García, la incertidumbre de estas sociedades no podemos identificarla como un no saber ante el futuro, lo incierto no encierra el desconocimiento completo. Por el contrario, «hace referencia a un saber incompleto, vago, no plenamente confiable, solo probable o cargado de ambigüedad o equivocidad»³⁶ que ha sido ocasionado por profundas transformaciones en espacios antaño sólidos. Hablamos, por ejemplo, del parentesco o del ser mismo de la persona, de lo que concebimos o concebíamos como ser humano. Los avances de la biotecnología lo han modificado. Pero las aristas son dispares. Volviendo al primero de los autores, Ramón Ramos se detiene en varias facetas en las que la investigación social puede acometer la incertidumbre. A nosotros nos interesa una por encima de las demás: la relacionada con el sentido biográfico.³⁷

Ya Bauman lo anunció: «el mundo posmoderno se prepara para soportar una vida bajo un estado de incertidumbre que es permanente e irreductible», ya que, de acuerdo con su teoría de la *modernidad líquida*, la vida se vuelve «precaria» y es vida «en condiciones de incertidumbre constante».³⁸ Así, el proceso de licuefacción planteado por el sociólogo implica la pérdida de toda solidez existente en el pasado:

Cada vez fueron menos las rutinas diarias que se mantuvieron tan indiscutidas y evidentes: el mundo de la vida cotidiana fue perdiendo su obviedad y la *transparencia* de la que había gozado en el pasado, cuando los itinerarios vitales carecían de encrucijadas y sus caminos estaban despejados, sin obstáculos que esquivar, negociar o apartar a un lado.³⁹

Esta falta de transparencia a la que se refiere Bauman, y que podemos leer en realidad como ausencia de seguridad vital, supone la ruptura del sentido biográfico, entendido como «la conectividad y vertebración de lo vivido, la significación que se le asigna y su finalidad o meta», y sigue: «el sentido permite convertir un amasijo de experiencias en un despliegue de acontecimientos seguíbles y narrables, predicados de un sujeto que se despliega en el tiempo, sin que este lo pulverice o desgarrar».⁴⁰ Es decir, el sentido biográfico es lo que permite conectar el pasado y el presente, dando así cohesión a la vida. Desde esta premisa, la *sociedad de la incertidumbre* plantea un riesgo tan permanente, una incertidumbre tan ubicua, que rompe el sentido biográfico, resquebraja la conectividad de la vida. El problema

³⁶ Ramón Ramos Torres y Fernando J. García Selgas: «Presentación», en Ramón Ramos Torres y Fernando J. García Selgas (eds.): *Incertidumbres...*, o. cit., p. 8.

³⁷ Ramón Ramos Torres: «Sobre las incertidumbres en las ciencias sociales», en Ramón Ramos Torres y Fernando J. García Selgas (eds.): *Incertidumbres...*, o. cit., pp. 15-46.

³⁸ Zygmunt Bauman (2001): *La posmodernidad y sus descontentos*, Madrid: Akal, p. 32.

³⁹ Zygmunt Bauman (2013): *Vida líquida*, Barcelona: Austral, p. 33.

⁴⁰ Ramón Ramos Torres: «Sobre las incertidumbres...», o. cit., p. 30.

radica en que esta ruptura alcanza dimensiones sociales. La incertidumbre, así, pasa de ser una sensación individual, una emoción personal, a un elemento definitorio de la sociedad. Ahora la pregunta a resolver es si podemos aplicarlo solo a la sociedad contemporánea, es decir, si podemos aceptar la excepcionalidad de la misma, o si, por el contrario, estos planteamientos pueden ser utilizados para examinar sociedades pasadas.

Queda claro tras lo expuesto que los avances producidos desde el inicio de la era industrial han provocado profundas transformaciones en las formas de vida en un ámbito planetario; y ello pese a las grandes desigualdades mundiales. Mencionábamos que el concepto de *sociedad del riesgo* fue resultado de una reflexión ocasionada a tenor de las grandes catástrofes del siglo xx, del mismo modo que la *sociedad de la incertidumbre* surge de los profundos cambios científico-tecnológicos y, hay que señalarlo también, por el impacto de las actuales políticas neoliberales en las prácticas sociales. Dicho lo cual, extrapolar estos conceptos a una época anterior, en este caso al Antiguo Régimen, es a todas luces un acto de mala praxis disciplinar. Hemos de conocer los conceptos manejados para, posteriormente, problematizarlos, adecuarlos y aplicarlos.

Particularmente, creemos que los conceptos de peligro, riesgo e incertidumbre, así como la teorización de los mismos adquieren un gran potencial a la hora de utilizarlos en los análisis de historia social. La sociedad, sin importar la cronología, sería definida como una configuración de personas interdependientes,⁴¹ donde todos los agentes intervinientes asumen cotas de vulnerabilidad de acuerdo con las esferas ocupadas en relación con la clase, la edad o el género, entre otras categorías para tener en cuenta; y esta debilidad manifiesta, al mismo tiempo, se aleja de la seguridad, pues el débil se expone al daño.

Por otro lado, es harto conocido que el cambio social, o histórico si se prefiere, es continuo, así como que han sido frecuentes periodos de aceleración que provocaron grandes procesos de transformación estructural, abriendo con ello etapas del todo inciertas.⁴² Ya hemos citado la aseveración de Mércier. Dado lo cual, partir de la excepcionalidad del mundo contemporáneo, aceptar la aceleración del cambio solo en contraposición a «transparencias» pretéritas, como plantea Bauman, parece un ejercicio del todo arriesgado, ajeno a la aplicación de cualquier perspectiva histórica. Puede ser cierto, aunque quedaría sujeto a debate, que se identifique una velocidad cada vez mayor en estas aceleraciones del cambio, en línea con lo planteado por

⁴¹ Norbert Elias (2008): *Sociología fundamental*, Barcelona: Gedisa, p. 15.

⁴² Pablo Ortega del Cerro (2018): «Cambio e Historia: necesidades y posibilidades del análisis historiográfico a través de las "experiencias de transformación"», *Revista de Historiografía*, 29, pp. 277-296.

Lipovetsky,⁴³ pero en ningún caso esto elimina que el cambio social, en ocasiones identificado por los especialistas como transformaciones paulatinas, se experimente como «auténticas revoluciones»,⁴⁴ como bien apuntó Robert Nisbet. El ser humano se ajusta al medio, se adapta a él e, incluso, puede acostumbrarse a la existencia continua del cambio —pues esa es la esencia misma de la vida/historia—. La cuestión quizás no radica tanto en la celeridad como en la profundidad; y es por ello por lo que partimos de la idea de que, en sociedades preindustriales, se pueden llegar a reconocer algunas características propias de las *sociedades* (industriales) *del riesgo y de la incertidumbre*, entre las que destacamos la asunción del futuro como tiempo de referencia desde el presente o, lo que es lo mismo, la desvalorización del pasado como escenario de entrenamiento vital.

La investigación histórica ofrece numerosos ejemplos de las transformaciones estructurales ocurridas, al menos, desde la segunda mitad del siglo XVIII —sociales, económicas, culturales, políticas, familiares, laborales y un largo etcétera—. Unas transformaciones radicales en la experiencia cotidiana que pusieron de relieve lo incierto del porvenir. *Tristes pensamientos de lo que ha de acontecer* era el título elegido por Francisco de Goya para uno de sus *Desastres*. Y es que, volviendo a Luhmann, desde el presente todo futuro es incierto y la incertidumbre nos plantea siempre un riesgo, porque es lo invisible, lo desconocido o lo conocido a medias. Otra aseveración del mismo autor se hace conveniente: «las contingencias temporales provocan contingencias sociales»,⁴⁵ y qué duda cabe de que, al menos, entre finales del XVIII e inicios del XIX las contingencias no hicieron más sucederse. Es desde este prisma desde el que queremos aplicar los conceptos de riesgo e incertidumbre no como pulsiones individuales, sino como un sentir creador de vulnerabilidad social.

Pero cabe hacer una última apreciación, dado que el daño se aproxima desde múltiples caminos. Volviendo a Niklas Luhmann, es conveniente ser pulcros con los términos a fin de afinar la sistematización del estudio. En las páginas siguientes, las experiencias del cambio social, examinadas a través de las prácticas de los artesanos, se dividirán en tres apartados: el peligro, entendido como consecuencia negativa potencial proveniente del entorno; el riesgo, definido como el daño potencial atribuido a una decisión del agente histórico; y la incertidumbre, donde el riesgo se vuelve incontrolable, desprovisto de la posibilidad de utilizar herramientas que aumenten las cotas de seguridad. A primera vista las diferencias parecen marcadas,

⁴³ Gilles Lipovetsky (1996): *El imperio de lo efímero. La moda y su destino en las sociedades modernas*, Barcelona: Anagrama.

⁴⁴ Robert Nisbet (2009): *La formación del pensamiento sociológico*, tomo I, Buenos Aires: Amorrortu, p. 40.

⁴⁵ Niklas Luhmann: «El concepto de riesgo...», o. cit., p. 139.

pero al detenernos mínimamente somos conscientes de la existencia de espacios compartidos. Por ejemplo, una guerra se identifica como un peligro, en la medida en que su origen no es consecuencia de una decisión del agente histórico —al menos no de los que nosotros estudiamos—, lo que no quiere decir que las decisiones tomadas en el contexto bélico no supongan el advenimiento del riesgo. Quede por escrito que somos conocedores de estos espacios grises.

De los peligros y sus sombras

Una guerra, una epidemia, un asalto, una catástrofe natural... La sociedad se enfrenta hoy, como antaño, a múltiples peligros en los que su capacidad de actuación es, cuando menos, limitada. Ciertamente, en la actualidad los avances científicos permiten aplicar medidas de contención y erradicación de enfermedades contagiosas a una velocidad mayor que en el pasado, así como aminorar el impacto de catástrofes, caso de los terremotos, gracias a nuevas técnicas de construcción o la existencia de una red mundial enormemente densa que favorece la circulación de bienes de consumo; eso sí, siempre sujeta a los vaivenes del mercado y a los intereses de las grandes empresas que participan y controlan la red. Cuestión diferente es si hablamos de las guerras, pues pese a la existencia de organizaciones mundiales que pretenden asegurar la paz, lo cierto es que el resultado más evidente del avance tecnológico es haber desarrollado armas para matar a más personas y de manera más rápida. Con todo, lo que nos interesa destacar son las semejanzas pese al gran arco temporal que separan las sociedades actuales en comparación con las del Antiguo Régimen. Ayer como hoy, estos episodios *calamitosos*, como se les definió entonces, tuvieron un impacto total en los cursos vitales y familiares, supusieron inflexiones de profundo calado, rompiendo trayectorias y desbaratando los proyectos, las proyecciones, los deseos y las estrategias. Como hemos apuntado anteriormente, las esferas del peligro y el riesgo se solapan en parte, pues ante un envite incontrolado, la toma de decisiones particulares se vuelve fundamental para finalizar el camino con los menores daños posibles. Aun así, veamos qué produjeron en las vidas de los artesanos.

Tomando la definición que hemos dado sobre lo que consideramos aquí el *peligro*, posiblemente sea la problemática que más atención ha recibido por parte de la historiografía modernista. Así, las epidemias han sido abordadas con frecuencia más desde el estudio de las medidas aplicadas, entre las que se encontró una respuesta religiosa muy evidente, que desde el impacto social o vital, y no tanto demográfico, que también lo conocemos más. En un trabajo anterior, hicimos un balance

sobre las publicaciones en torno a las epidemias históricas al calor del impacto de la pandemia de covid-19. Planteamos que la experiencia del contagio había revitalizado los intereses en el tema, aunque quedaba por ver todavía si bajo planteamientos renovados o si, por el contrario, atenderíamos a una continuidad.⁴⁶ Cuatro años después del inicio de la pandemia, las publicaciones y los encuentros científicos se siguen sucediendo, por lo que todavía es pronto para dar una respuesta.⁴⁷ Lo que sí podemos afirmar es que, en el estado actual de la cuestión, la perspectiva social de las epidemias en el tiempo medio, y no en el corto, no está todo lo presente que nos gustaría. En otro orden, las catástrofes naturales han sido igualmente examinadas, aunque en menor medida que en el caso anterior, tomando como base documental las actas capitulares, por lo que nuevamente la respuesta de los órganos de poder ha primado en las investigaciones. Por último, otro tema recurrente es el de las guerras, dada su continua presencia a lo largo de unos convulsos siglos modernos. El propio siglo XVIII español se enmarca entre dos episodios bélicos de máximo nivel, por lo que la sociedad la experimentó de lleno; lo cual truncó a veces o favoreció en otras sus expectativas vitales. La sombra de la guerra y su resultado más trágico, la muerte, siempre estuvo presente. En ocasiones, obligó a la toma de decisiones que suponían una pronunciada inflexión en las trayectorias vitales, en otras, sin embargo, el daño vino dado por el entorno.⁴⁸

Las consecuencias de estos episodios fueron numerosas, tocantes a varias facetas de la vida. Las guerras y las epidemias, por ejemplo, tuvieron un efecto directo en los comportamientos demográficos. Los índices de mortalidad aumentaron, disolvieron un buen número de matrimonios y aumentaron la presencia de viudos e hijos huérfanos. Los niveles de natalidad disminuyeron, fruto, además de lo anterior, de una situación económica nada favorable para la reproducción y el incremento de los integrantes del hogar. Y es que, siempre de acuerdo con la duración de los acontecimientos catastróficos, la economía de los hogares se vio resentida, pues disminuyó drásticamente la capacidad productiva de los talleres, paralizando temporalmente su actividad o suponiendo el cierre definitivo del negocio. Pero hay que añadir una consecuencia más sobre los comportamientos poblacionales: la movilidad territorial. Aunque más adelante nos detendremos en la migración,

⁴⁶ Francisco Hidalgo Fernández (2022): «Trayectorias rotas, estrategias cambiantes. La epidemia como inflexión vital y familiar en la Edad Moderna», en Asunción Rallo Gruss (ed.): *Arco de sombras*, Madrid: Dykinson, pp. 327-340.

⁴⁷ Eduardo Buena Vergara y Enrique Perdiguero-Gil (2023): «La historiografía española sobre la salud y enfermedad en el siglo XVIII. Estado de la cuestión y asignatura pendientes», *Cuadernos Dieciochistas*, 24, pp. 13-39.

⁴⁸ Véase Víctor García Hera y Rafael Guerra Elecalde (2024) (coords.): «Monográfico: Trayectorias vitales en conflicto durante la guerra de Sucesión española: incertidumbres y posicionamientos sociales», *Magallánica. Revista de Historia Moderna*, 10, 20.

especialmente a la originada por la guerra, entendida como la decisión de traslado de uno a otro lugar —y aquí el elemento de *decisión* es fundamental—, nos referimos ahora a unos movimientos más limitados en la distancia y en el tiempo adscritos fundamentalmente al impacto de las enfermedades contagiosas; salidas de entornos más poblados —donde la densidad urbanística favoreció la extensión— hacia otras zonas, casi siempre rurales, en las que escapar de la muerte. El futuro inmediato entendido como *peligro*.

Pero más allá de generalidades, veámoslo con detalle, desde aquellas experiencias que, en mayor o menor medida, quedaron expresadas en la documentación notarial, especialmente en unos testamentos entendidos como pruebas materiales de lo incierto, pero también como iniciativas de búsqueda de cotas de seguridad. Comenzando por los comportamientos poblacionales resultantes de estos calamitosos acontecimientos, ya se ha comprobado en otros estudios de diversa índole el alcance de las reconfiguraciones familiares y, para el caso que nos ocupa, también profesionales. Zofío Llorente, por ejemplo, comprobó cómo los problemas acontecidos durante el xvii tuvieron implicaciones entre los curtidores madrileños,⁴⁹ conclusiones que resultan fácilmente extensibles al resto de corporaciones o grupos profesionales que conformen un grupo medianamente cohesionado. Efectivamente, las alteraciones demográficas son más que perceptibles en la familia, entendida al mismo tiempo como célula primigenia de organización social y como unidad doméstica de producción.⁵⁰ Desde esta doble concepción, el aumento de la mortalidad supone la disminución de la producción artesana, no solo por la pérdida de maestros, sino también por la de mujeres, hijos, hijas y agregados que participaron en las actividades económicas del taller. Por su parte, esta sobremortalidad limitó los índices de transmisión intergeneracional del oficio, no solo en el tiempo específico del acontecimiento, también en las décadas siguientes, gracias a los efectos de onda,⁵¹ pues la disminución de los índices de natalidad incrementó, a su vez, el número de hogares con una descendencia —masculina en este caso— más limitada. La reproducción de la corporación tendría que valerse, por consiguiente, de una mano de obra ajena a las familias del gremio, bien de la localidad, o bien proveniente de aquellos trabajadores migrantes. No obstante, esta lectura no contempla que este tipo de sucesos devienen en una reducción de la demanda, especialmente de productos suntuosos, con consecuencias directas en la tasa de reposición. Dicho

⁴⁹ Juan Carlos Zofío Llorente (2012): «Artesanos ante el cambio social. Los curtidores madrileños en el siglo xvii», *Cuadernos de Historia Moderna*, 37, pp. 127-150.

⁵⁰ Victoria López Barahona (2017): *Las trabajadoras en la sociedad madrileña del siglo xviii*, Madrid: Libro del Taller y ACCI.

⁵¹ Vicente Pérez Moreda (2020): «Hacia un marco analítico de las consecuencias demográficas y económicas de las epidemias», *Investigaciones de Historia Económica*, 16, p. 7.

de otro modo, el gremio se reajustaría a fin de equilibrar la oferta y la demanda. Tiempo después, recuperadas las heridas y aumentada la demanda de productos, las corporaciones abrirían sus puertas a nuevas incorporaciones que volviesen a equilibrar la balanza, lo que supondría una renovación parcial de los maestros del gremio. A lo que nos referimos son a unos movimientos denominados «de acordeón»,⁵² de apertura y cierre corporativo en relación con el contexto. Lejos de interpretaciones superficiales, los gremios no fueron instituciones inmóviles, sino que mostraron, al igual que otras, sus capacidades de adaptabilidad.

Pero hemos dicho que, una vez reestablecida las condiciones previas a los hechos calamitosos, se produjo una renovación parcial. Y es así porque, como se ha venido comprobando, las prácticas matrimoniales desempeñaron un papel fundamental en la reproducción institucional. Efectivamente, la falta de descendencia masculina imposibilitó una transmisión del oficio por línea agnaticia, pero esto no es óbice para disminuir los índices de endogamia, en tanto que eliminamos de la fórmula a las mujeres, excluidas del privilegio sexual del trabajo agremiado, pero no por ello secundarias en las prácticas artesanales. Las hijas, que —recordemos— también eran conocedoras del oficio desde niñas, fueron piezas clave en la articulación de la red social intra, inter y extracorporativa.⁵³ Nuevamente, para el caso madrileño o el malagueño se ha comprobado cómo, en aquellas situaciones en las que los hijos varones continuaron con el taller, ellas se casaron con elementos externos, de hecho, en muchas ocasiones, fueron las garantes de la movilidad social o económica. En otras ocasiones, cuando la descendencia masculina era inexistente, las hijas de los maestros se convirtieron en una gran oportunidad para aquellos trabajadores sin vínculos previos con el gremio. Vincularse con ellas no solo abría las puertas de entrada a la maestría, pues asumirían el apoyo de parte de la junta gremial, sino que además permitía la futura posesión de los medios de producción, muchas veces incluidos en las propias dotes matrimoniales.⁵⁴

Si estas prácticas han quedado evidenciadas para el caso de las hijas solteras, mucho más si de lo que hablamos es de las viudas de los maestros. Aunque el sistema

⁵² Tomamos la expresión de Anna Bellavitis (2018): *Women's work and rights in Early Modern Urban Europe*, Cham: Palgrave Macmillan, pp. 43-56.

⁵³ Beatrice Zucca Micheletto (2011): «Reconsidering the southern Europe model: dowry, women's work and marriage patterns in pre-industrial urban Italy (Turin, second half of the 18th century)», *The History of the Family*, 16, 4, pp. 354-370. Entre las últimas aportaciones sobre la cuestión, Raffaella Sarti, Anna Bellavitis y Manuela Martini (2018) (eds.): *What is work? Gender at the crossroads of home, family, and business from the Early Modern Era to the Present*, Nueva York-Oxford: Berghahn Books.

⁵⁴ Isabel Rodríguez Alemán (2008): «Opciones matrimoniales de la mujer viuda en Málaga (1564-1700)», *Chronica Nova*, 34, pp. 123-157; Juan Carlos Zofio Llorente: «Artesanos...», o. cit.; Francisco Hidalgo Fernández: *Familia y artesanos...*, o. cit., pp. 419-430.

demográfico antiguo daba cuenta de la existencia de un buen número de viudas, como hemos dicho antes, los episodios de sobremortalidad tuvieron como una de sus consecuencias más visibles la disolución de matrimonios por la defunción de uno de los dos cónyuges de forma precoz. Así, un buen número de mujeres viudas todavía jóvenes volvían a integrarse en el mercado matrimonial, muchas de ellas con la posesión, además de su dote y los gananciales, del resto del patrimonio familiar como herederas de sus maridos o, al menos, como gestoras del mismo, en calidada de tutoras y curadoras de los hijos menores. Esta situación, en la que confluía el conocimiento del oficio, el capital relacional y la posesión del patrimonio las ubicó en posiciones privilegiadas frente a otras candidatas con las que enlazarse. Por ello, las segundas nupcias en contextos epidémicos, aunque también bélicos, aumentan en un «plazo relativamente corto de tiempo, implicando a comunidades y mercados matrimoniales en un ámbito geográfico y social mucho más amplio y permeable que el que se da en un escenario de normalidad», según sostuvo Blanco Carrasco, quien continuaba afirmando que estas prácticas favorecieron las gratificaciones a las dotes de soltera o, lo que es más relevante para nosotros, «permitiendo la llegada al matrimonio de contrayentes masculinos cuyo único patrimonio es su fuerza de trabajo».⁵⁵ El matrimonio de viudas con solteros o de viudas con viudos funcionó como una herramienta reagrupadora de la sociedad que generaba nuevos núcleos conyugales, previamente desbaratados, altamente interdependientes: ellos necesitaron del capital de las mujeres, ellas de la seguridad vital que el hombre podía ofrecer para la supervivencia propia y la de los hijos.

No obstante, las investigaciones al respecto son lo suficiente numerosas como para dibujar un escenario tan homogéneo como acabado —en alusión a la precisión de los límites—, siendo real en parte, pero no en su conjunto. Historiadoras como Àngels Solà, entre otras tanto en el marco estatal como internacional, ya pusieron de relieve que los trabajos desempeñados por las mujeres en el Antiguo Régimen son del todo diversos, ocupándose en diferentes actividades económicas. En lo que corresponde al artesanado, el estado de viudez, contemplado en las propias ordenanzas gremiales, les aseguró un tiempo determinado para mantener el taller, en el que tendrían que incorporar oficiales y, más tarde, algún maestro que se hiciese cargo del mismo. Sin embargo, esta no fue la única salida, pues, en lo que concierne al estado civil, no siempre volvieron a casarse, por muy usual que fueran las segundas nupcias, y cuando lo hicieron no siempre fue con trabajadores del mismo oficio. Por otro lado, si mantenían su viudez, las ocupaciones podían variar,

⁵⁵ José Pablo Blanco Carrasco (2020): «Las segundas nupcias en la España Moderna», en José Pablo Blanco Carrasco (coord.): *Las segundas nupcias en la Edad Moderna*, Madrid: Sílex, p. 24.

abriendo, por cuenta propia o en colaboración con otros, nuevos negocios.⁵⁶ Las estrategias de la supervivencia fueron dispares a fin de aminorar los daños que la contingencia había ocasionado.

La muerte y las reconfiguraciones posteriores no fueron el único resultado de los peligros a los que nos estamos refiriendo. En un número importante de ocasiones, las consecuencias más evidentes fueron económicas y no tanto demográficas, y así se expresa en numerosas declaraciones testamentarias que aluden a la dificultad de los tiempos, a su carácter calamitoso por la quiebra de las haciendas domésticas. Ya hemos mencionado que el advenimiento de una catástrofe, sea cual fuere su origen, provocó el desequilibrio entre la oferta y la demanda, ya que aminoró la segunda y, por consiguiente, se crearon tensiones dentro de los colectivos profesionales. Ejemplo de lo expuesto lo encontramos en la solicitud enviada por el contraste platero de la ciudad de Málaga José de Reina a la Junta de Comercio y Moneda en julio de 1802, en la que daba cuenta de la «decadencia en que se halla la platería a resultas de las continuas guerras». Así, de los 45 maestros, solo 22 podían mantener la tienda abierta, los 23 restantes trabajaban como oficiales, filigraneros o, incluso, «estaban retirados en sus casas poseyendo unos intereses de poco ingreso». Lo que pedía Reina era que, ante esta situación, además del cargo de contraste, pudiese abrir tienda —algo que no se permitía según las ordenanzas de 1771—, tal y como se había dictaminado para los contrastes de Salamanca, Toledo o Bilbao.⁵⁷

La lectura de tan expresivo testimonio nos lleva a hablar de conflicto, de desigualdades. Y es que la acentuada organización jerárquica de los gremios no solo derivó en choques entre los maestros y sus oficiales y aprendices, como bien se ha dejado reflejado en investigaciones previas, sino que también dentro de la maestría las diferencias fueron haciéndose cada vez más visibles, más aún cuando los contextos no acompañaban al buen desarrollo de las tiendas-taller.⁵⁸ La pérdida de ganancias generadas llevó a muchos maestros —en el caso de los plateros malagueños de 1802 hablamos de más de la mitad— al cierre de sus obradores, quedando a expensas de otros compañeros que pudieran contar con su fuerza de trabajo. Con ello, las lógicas de *ganancia estable* y *desigualdad limitada* que debían regir el comportamiento corporativo se rompían y, en su lugar, los lazos de dependencia se reforzaron entre unos maestros *empresarios* y otros *asalariados*.⁵⁹ Se pusieron

⁵⁶ Àngels Solá Parera (2012): «Las mujeres como partícipes, usufructuarias y propietarias de negocios en la Barcelona de los siglos XVIII y XIX según la documentación notarial», *Historia Contemporánea*, 44, pp. 109-144.

⁵⁷ Archivo General de Simancas (AGS), Consejo Superior de Hacienda, leg. 336-2, exp. 5.

⁵⁸ Victoria López y José A. Nieto (1996) (eds.): *El trabajo en la encrucijada. Artesanos urbanos en la Europa de la Edad Moderna*, Madrid: Los Libros de la Catarata.

⁵⁹ José A. Nieto (2006): *Artesanos y mercaderes. Una historia social y económica de Madrid (1450-1850)*, Madrid: Editorial Fundamentos, pp. 221-242.

en marcha prácticas solidarias y de ayuda que han de ser entendidas como «transacciones», esto es, como una negociación que «suscitaba expectativas recíprocas, asignaba roles sociales y fijaba códigos de conducta», tal y como interpretó Elisabetta Merlo el conflicto.⁶⁰ El *peligro* de la pobreza siempre estuvo presente como realidad o como sombra, siempre anduvo por una cuerda floja en la que mantener el equilibrio se hacía muy complejo en el transcurrir cotidiano. La contingencia volvió el camino más inestable, aumentó las probabilidades de precipitarse, como efectivamente ocurrió, pero esta caída no fue momentánea, pues el hecho puntual es parte del trayecto vital, vira su rumbo. Cualquier peligro, cualquier acontecimiento negativo no generado inicialmente por una decisión particular fue el origen de grandes transformaciones, ocasionando alteraciones sobre los comportamientos familiares, laborales y corporativos de más extensa duración.

Toda decisión asume un riesgo

Si realizamos una búsqueda del concepto *riesgo* dentro de la nutrida bibliografía publicada en historia moderna, podemos concluir rápidamente que su presencia es más bien limitada, por no decir testimonial, más aún si lo que pretendemos es encontrarlo bajo los parámetros teóricos que hemos planteado en este capítulo. Por el contrario, de existir, se relaciona con los contenidos expuestos en el epígrafe anterior, es decir, entendido como *peligro*. Sin embargo, si de lo que hablamos son de decisiones familiares o individuales sin tener en cuenta el término, las referencias se multiplican. Y es que las historias de vida no dejan de ser un cúmulo de decisiones, sin olvidar que pueden estar determinadas por las estructuras o, de manera más consciente, empujadas por ciertas obligaciones familiares, sociales, económicas, morales o ideológicas —aceptemos la más que debatida limitación de la libertad—. ⁶¹ Aun así, admitir las normas del juego social también es en sí mismo una decisión arriesgada. De lo que hablamos cuando traemos a colación el *riesgo* es del día a día, de la normalidad cotidiana no transformada por la contingencia, y eso amplía desorbitadamente los puntos que podemos analizar, haciéndolo difícil de manejar, aceptando como investigadores el riesgo de que nos desborde, que se nos escape entre los dedos. De hecho, ya hemos aludido a los espacios grises que se ubican entre el *peligro* y el *riesgo*. Así, la enfermedad envite sin previo aviso, pero desde ese mismo momento las decisiones se suceden. En este epígrafe nos detendremos

⁶⁰ Elisabetta Merlo: «El trabajo de las pieles en Milán en el siglo xvii y xviii: entre el divorcio y la unión corporativa», en Victoria López y José A. Nieto (eds.): *El trabajo en la encrucijada...*, o. cit., p. 180.

⁶¹ Pierre Bourdieu (1998): *La distinción. Criterio y bases sociales del gusto*, Madrid: Taurus.

únicamente en aquellos elementos que consideramos fundamentales dentro de la historia del artesanado, a saber, los caminos profesionales de la descendencia de los artesanos en relación con la perpetuación del oficio y la movilidad territorial. Por último, las estrategias, una cuestión central que permite englobar lo anterior, es un concepto nuclear sobre el que se articulan buena parte de las investigaciones en historia de la familia, pero ¿las decisiones son estrategias? ¿La construcción de la estrategia centra su interés en el tiempo pasado o en el futuro? ¿Podemos hablar de la existencia de estrategias monolíticas e inamovibles?

Iniciemos con un nuevo interrogante: ¿las genealogías sociales están construidas o se van construyendo? Es decir, ¿qué entra en juego en la trayectoria familiar? ¿La decisión familiar o la individual? El interrogante pudiera parecer en el punto actual de las investigaciones de la historia de la familia del todo superado, pues han pasado ya algunos años desde que el profesor Francisco Chacón Jiménez plantease la existencia de una «dialéctica individual de la razón familiar»,⁶² presente al menos en la sociedad de finales del Antiguo Régimen. Efectivamente, los planteamientos dicotómicos —familia versus individuo— están superados, pero nos atreveríamos a decir que esta superación es más teórica que práctica, en la medida en que sigue presente en los análisis sociales, antaño contaminados por la extendida tesis de la modernización, de la que no se ha liberado al completo. Es por ello por lo que debemos continuar incidiendo en esta idea.

¿Quién elije ser artesano? ¿Quién decide ser carpintero, platero, zapatero de nuevo o espadero? ¿El hijo, el padre o la familia? Dar una respuesta única y cerrada a estas preguntas supondría eliminar la amplia variedad de casuísticas que podemos encontrar. Podemos, en todo caso, hablar de medias, modas y porcentajes, pero siempre desde el convencimiento de su incompletitud. Así, si reconocemos la relevancia de la familia, su poder opresor, y tenemos en cuenta aquellas categorías que crean jerarquía —edad y género, para el caso que nos compete—, diríamos que el hijo sigue el itinerario marcado por sus mayores, pero sabemos que esto no fue así en una parte importante de los casos. El conflicto intergeneracional siempre estuvo presente,⁶³ y una aceptación inicial pudo derivar en una quiebra del pacto sociofamiliar. Ejemplo de lo expuesto lo encontramos en los aprendices huidos de casa de sus maestros, rompiendo las cláusulas del contrato.⁶⁴ Aquí la aplicación de una perspectiva temporal es cuando menos necesaria. La edad del joven a la firma del acuerdo entre los padres y/o tutores con el maestro no es la misma

⁶² Francisco Chacón Jiménez: «Familia...», o. cit., p. 32.

⁶³ José Pablo Blanco Carrasco (2019): «Notas sobre la desobediencia intergeneracional durante los últimos compases de la España Moderna», *Tiempos Modernos*, 9, 38, pp. 323-344.

⁶⁴ Máximo García Fernández (2016): «Gremios y pleitos. Comportamientos sociales y laborales restrictivos en la Castilla interior de los siglos XVI-XVIII», *Erasmus. Historia Medieval y Moderna*, 3, pp. 39-54.

que cuando huyó, tampoco su madurez, sus conocimientos ni su experiencia. Por amplios márgenes que pudieran existir, la aceptación de la jerarquía también está provista de límites.

Los estudios sobre el aprendizaje gremial han sido y siguen siendo frecuentes,⁶⁵ y eso pese a que, en algunos territorios peninsulares, caso de Málaga, por ejemplo, las cartas de aprendizaje son más bien exiguas entre los protocolos notariales.⁶⁶ Pese a ello, la puesta en común de los datos manejados permite dibujar un marco con características compartidas. Así, entre los otorgantes de las escrituras de aprendizaje encontramos un buen número de huérfanos, bien de padre, o bien de ambos progenitores.⁶⁷ Este hecho ha llevado a considerar que el aprendizaje fue en muchos casos un medio de subsistencia del joven y una herramienta de desahogo económico para las madres viudas o los tutores a cargo, en tanto que el primero pasaría a residir en casa de su nuevo maestro, quien se obligaba a alimentarlo, vestirlo y cuidarlo de enfermedades no muy dilatadas en el tiempo. Si a ello sumamos que un buen número de aprendices siguieron con sus maestros una vez llegaban a la oficialía, se mantiene la idea de que la carrera artesanal liberó a esas economías más débiles a la vez que aseguraban el futuro mantenimiento del joven. El aprendizaje artesanal para los hombres, al igual que el servicio doméstico para las mujeres, fue causa principal de que un elevado porcentaje de jóvenes europeos estuvieran fuera de sus casas.⁶⁸

Pero, más allá de tomar el aprendizaje como un instrumento de *seguridad* hacia el futuro, todas las partes intervinientes asumieron cotas de riesgo. Así, el maestro invertía su tiempo en la formación y parte de su capital en la manutención, aunque lo cierto es que la presencia de aprendices en los talleres, en un periodo que se dilató de media entre cuatro y cinco años, repercutía positivamente en las ganancias;⁶⁹ junto a ello, la falta de destrezas, la enfermedad y/o muerte, una actitud reproachable

⁶⁵ La producción europea es prolífica al respecto. Sirvan de ejemplo Anna Bellavitis, Martina Frank y Valentina Sapienza (2017) (eds.): *Garzoni. Apprendistato e formazione tra Venezia e l'Europa in età moderna*, Mantova: Universitas Studiorum; Maarten Prak y Patrick Wallis (2019) (eds.): *Apprenticeship in Early Modern Europe*, Cambridge: Cambridge University Press.

⁶⁶ Siro Villas Tinoco (1980): *Los gremios malagueños, 1700-1746*, Málaga: Universidad de Málaga, pp. 134-135.

⁶⁷ José A. Nieto Sánchez (2023): «Gremios, aprendizaje artesanos y precariedad en las ciudades castellanas de la Edad Moderna», en José María Imízcoz Beunza, Javier Esteban Ochoa de Eribe y Andoni Artola Renedo (coords.): *Los entramados políticos y sociales en la España Moderna*, Vitoria Gasteiz-Madrid: Fundación Española de Historia Moderna, pp. 1073-1090.

⁶⁸ Francisco García González (2020): «Infancia y trabajo dependiente en España, siglos XVIII y XIX», en Fernando Durán López (ed.): *La invención de la infancia. XIX Encuentro de la Ilustración al Romanticismo: Cádiz, Europa y América ante la modernidad, 1750-1850*, Cádiz: Universidad de Cádiz, pp. 413-446.

⁶⁹ Patrick Wallis (2008): «Apprenticeship and training in premodern England», *The Journal of Economic History*, 68, 3, p. 837

o la huida del joven, a veces producto de los malos tratos,⁷⁰ fueron igualmente una realidad documentada. Por otro lado, los progenitores o tutores tuvieron en ocasiones que ir en la búsqueda del aprendiz huido o hacer frente a las enfermedades más duraderas. A ello sumamos otras casuísticas todavía no estudiadas en profundidad: el accidente laboral, tanto de jóvenes como de adultos, por el que quedaban incapacitados para el desarrollo de laborales manuales.⁷¹ Aun con la falta de investigaciones al respecto, son algunas las referencias sobre las que nos apoyamos. Nieto Sánchez, por ejemplo, indicó que detrás de estos accidentes se encontraron jornadas laborales muy dilatadas, además de prácticas habituales de cada oficio que resultaron en accidentes, como caídas de andamios en la construcción o fracturas entre los impresores ante la existencia de prensas ocultas.⁷² Contingencias varias que pudieron poner fin al proceso formativo y que reducen las cotas de seguridad reconocidas al aprendizaje gremial.⁷³ Como planteó Emilie Fiorucci «l'apprentissage n'est jamais certain»,⁷⁴ lo que llevaba al trabajador a la miseria o a un cambio de ocupación.

Otra de las cuestiones ampliamente presentes en la historia del trabajo se relaciona con la movilidad territorial. Las migraciones han sido profusamente tratadas por la historiografía, y son muchas las casuísticas que explican el traslado, sobre las que no nos podemos detener aquí.⁷⁵ Lo primero que hemos de señalar es que este comportamiento demográfico no siempre fue fruto de una decisión personal, ni siquiera colectiva dentro de las estructuras sociales del Antiguo Régimen, pues la movilización de seres humanos esclavizados ha de contarse como uno de los factores de mayor trascendencia demográfica. Véanse por ejemplo las repercusiones en África. Lo señalamos porque, teniendo presente esta concepción amplia, en este apartado nos centramos en esa movilidad espacial ejercida en libertad o, mejor dicho, por personas libres, no cautivas. Claro está que esta temática se sitúa en los espacios grises a los que hemos ido aludiendo anteriormente, ubicada entre los potenciales daños del *peligro* y del *riesgo*.

⁷⁰ Máximo García Fernández (2019): *Los caminos de la juventud en la Castilla Moderna. Menores, huérfanos y tutores*, Madrid: Sílex, pp. 201-215.

⁷¹ Un intento de sentar las bases de esta línea de investigación en Francisco García González y Encarna Jarque Martínez (2022) (coords.): «Discapacitados: actividades, discursos y representaciones en perspectiva histórica», en Raúl Ruiz Álvarez, María Aurora Molina Fajardo y Francisco Hidalgo Fernández (eds.): *Ganarse la vida. Género y trabajo a través de los siglos*, Madrid: Dykinson, pp. 166-167.

⁷² José A. Nieto: *Artesanos y mercaderes...*, o. cit., pp. 161-168.

⁷³ Para la zapatería rural de Nuremberg, entre 1660 y 1800, el 7 % —unos 40 de los 566 totales— de los aprendices abandonaron la formación. Georg Stöger y Reinhold Reith: «Actors and practices of German apprenticeship, fifteenth-nineteenth centuries», en Maarten Prak y Patrick Wallis (eds.): *Apprenticeship...*, o... cit., p. 159.

⁷⁴ Emilie Fiorucci: «L'apprentissage dans les status des corps de métiers vénitiens», en Anna Bellavitis, Martina Frank y Valentina Sapienza (eds.): *Garzoni...*, o. cit., p. 45.

⁷⁵ Véase Jordi Nadal Oller y Emili Giral i Reventós (2000): *Immigració i redreç demogràfic. Els francesos a la Catalunya dels segles XVI i XVII*, Vic: Eumo.

Dicho esto, si, siguiendo a Bauman, reconocemos las certidumbres en las sociedades pasadas en contraposición a las incertidumbres contemporáneas, estas podrían caracterizarse por el arraigo al lugar de nacimiento y, por ende, a un sedentarismo que limitó en exceso la movilidad de las personas. Sin embargo, las evidencias muestran todo lo contrario. Los factores que empujaron a la salida del hogar e iniciar el traslado fueron diversos, casi siempre relacionados con el elemento económico, en búsqueda de la mejora de las condiciones materiales de vida. Así, la estructura familiar, el mercado matrimonial o el sistema hereditario se cuentan entre ellos, pero, sobre todos, la relación población-mercado laboral se impone como elemento decisivo, permitiéndonos hablar incluso de mercados internacionales del trabajo y de migraciones laborales que, lejos de ser anecdóticas o particulares, se convirtieron en estructurales.⁷⁶ El arraigo y el sedentarismo se dio en aquellas economías que pudieron sostenerlo con mayor o menor solvencia, pero es indudable a la luz del amplio número de investigaciones que las condiciones de vida obligaron a tomar decisiones arriesgadas entre las que la migración se cuenta como una de las más utilizadas.

Como apuntó María José Vilalta, el desplazamiento de personas ocasionó «incertidumbres e inseguridades en todos y cada uno de los lugares de paso e, incluso, entre los mismos implicados», pues todos «emprendían un viaje con metas poco definidas»;⁷⁷ y es que la salida e inicio del trayecto acarreó múltiples riesgos, que pudieron llevar al traste con los proyectos individuales o familiares. Volviendo sobre la bibliografía publicada al respecto, la migración laboral responde a un patrón bien delimitado. Así, para el caso que nos compete, el del trabajo artesano, la migración fue protagonizada por hombres jóvenes y solteros en un porcentaje elevado de casos, mientras que, refiriéndonos a los lugares de origen y destino, los migrantes provinieron mayormente de entornos cercanos, reduciéndose en paralelo al aumento de la distancia. Vilalta Escobar lo comprobó para Lleida, donde el 54,73 % de los emigrantes dedicados a la artesanía en el siglo xvi llegaron del entorno inmediato —Pla de Lleida y Lleida norte—.⁷⁸ Del mismo modo, son varios los datos para el mundo artesanal madrileño: si para mediados del xvii los nuevos maestros procedían

⁷⁶ Josef Ehmer (2016): «Worlds of mobility: migration patterns of Viennese artisans in the eighteenth century», en Geoffrey Crossick (ed.): *The artisan and the European town, 1500-1900*, Nueva York: Routledge, p. 172; Giovanni Pizzorusso (2001): «I movimenti migratori in Italia in antico regime», en Piero Bevilacqua, Andreina de Clementi y Emilio Franzina (eds.): *Storia dell'emigrazione italiana*, Roma: Donzelli Editore, p. 3.

⁷⁷ María José Vilalta (2003): «Franceses en la Lleida moderna. Posibilidades para trabajar, dificultades de inserción», en María Begoña Villar García y Pilar Pezzi Cristóbal (eds.): *Los extranjeros en la España moderna*, vol. 1, Málaga: s. n., p. 699.

⁷⁸ María José Vilalta (2001): «Los artesanos de Lleida en el siglo xvi», en Santiago Castillo y Roberto Fernández (coords.): *Campesinos, artesanos, trabajadores. Actas del IV Congreso de Historia Social de España*, Lleida: Milenio, p. 307.

mayormente de Castilla la Vieja (31,9 %) y Castilla la Nueva (21,9 %),⁷⁹ los cálculos realizados para los aprendices durante toda la modernidad remiten a un aporte de entre el 9 y el 15 % concentrado en la región madrileña sin incluir la capital. Un ejemplo más de otros tantos lo encontramos entre los plateros murcianos, muchos de ellos originarios de zonas rurales próximas, como Abanilla, Beniaján o Fortuna.⁸⁰ Ante esta situación resulta lógico que, en el lado opuesto, encontremos un número más reducido de trabajadores extranjeros, pese a la relevante presencia en la Monarquía de portugueses, franceses o italianos a lo largo de toda la Edad Moderna.

Como fuere, cabe señalar que los riesgos se redujeron en paralelo a la cortedad del viaje, incrementando a su vez la capacidad de acción ante posibles contingencias. Aun así, hubo que pertrecharse frente a potenciales daños que pudieran ocurrir, especialmente durante los trayectos por caminos inseguros. Aunque no están ampliamente documentadas, la existencia de cuadrillas formadas por un grupo de emigrantes se configuró como un espacio de apoyos mutuos, de *solidaridad* ante el miedo, sobre todo para aquellos jóvenes, a veces niños, que emprendían un camino con destino incierto.⁸¹ Desde entonces, el viaje siguió un itinerario marcado de lleno por las posibilidades económicas que los habían impulsado, pero también por las redes de relaciones con las que se pudiesen contar, sustentadas en los criterios de paisanaje y parentesco. Llegados al destino, el trabajador se incluiría como aprendiz en algún taller, seguramente gracias a un contrato previamente firmado o apalabrado; en otros casos en los que el artesano ya hubiese finalizado su periodo formativo, debería incorporarse como asalariado de algún maestro o iniciar los trámites para ser examinado,⁸² mientras que si ya lo estaba solicitaría el ingreso en el gremio. Opciones siempre expuestas al fracaso.

Además de los riesgos que pudiera ocasionar el aprendizaje, ya expuestos en parte, la oficialía artesanal se convirtió en una categoría difusa, de límites imprecisos, pues no siempre vino seguida del acceso a la maestría, fuera por falta de

⁷⁹ Juan Carlos Zofío Llorente (2005): *Gremios y artesanos en Madrid, 1550-1650. La sociedad del trabajo en una ciudad cortesana preindustrial*, Madrid: CSIC y Instituto de Estudios Madrileños, p. 328; Victoria López Barahona y José Antolín Nieto Sánchez: «Artisan apprenticeship in Early Modern Madrid», en Maarten Prak y Patrick Wallis (eds.): *Apprenticeship...*, o. cit., p. 60.

⁸⁰ Francisco Hidalgo Fernández (2024): «El impacto de la guerra de Sucesión en la platería levantina: reestructuración gremial y sus efectos en las trayectorias familiares», *Magallánica. Revista de Historia Moderna*, 10, 20, pp. 430-449.

⁸¹ Rey Castelao refiere que, en Tierra de Montes, donde la emigración de canteros y trabajadores de la construcción se organizó en cuadrillas a tenor de las contratas, las noticias de la muerte de alguno de ellos llegaron mejor a las familias. Ofelia Rey Castelao (2016): «Crisis familiares y migraciones en la Galicia del siglo XVIII desde una perspectiva de género», *Studia Historica. Historia Moderna*, 38, 2, p. 208. Para el caso de la migración francesa, véase José Antonio Salas Auséns (2022): «Migrantes franceses en el Aragón Moderno, una lucha por la vida», *Revista de Demografía Histórica*, XL, I, pp. 9-37.

⁸² José Antolín Nieto Sánchez (2013): «El acceso al trabajo corporativo en el Madrid del siglo XVIII: una propuesta de análisis de las cartas de examen gremial», *Investigaciones de Historia Económica*, 9, pp. 97-107.

habilidad o de capital para enfrentarse al pago de las tasas del examen. Por otro lado, en el caso de que la destreza del trabajador fuese idónea, la junta gremial pudo recelar del acceso de foráneos en un deseo por patrimonializar el oficio. En este punto, sabemos que las prácticas corporativas fueron mucho más complejas de lo que se habían pensado en la historiografía tradicional, imposibles de sintetizar en el cierre permanente frente a incorporaciones externas; y así lo demuestran los elevados porcentajes de artesanos sin vinculación familiar. Aun así, esta comprobada conclusión no elimina tampoco reticencias de algunos maestros, y efectivamente no son pocas las referencias que tenemos al respecto, generando conflictos internos que derivan incluso en vías judiciales. El ejemplo del platero Jacinto Fuentes Esbrí, en la primera mitad del siglo XVIII, es paradigmático en este sentido. Desde Xàtiva llegó a Murcia, donde entró en el taller de su paisano Andrés Donate y, más tarde, en el de Pedro Martínez. Pasados unos años como oficial, su intención de integrarse en la congregación se topó con la negativa de algunos de los miembros, incluido el mencionado Donate, lo que refleja que, pese a funcionar como una red de integración, el paisanaje tampoco albergó seguridades plenas. La tensión de la junta particular, en la que «el referido Nicolás Martínez dijo que se había de examinar al dicho Jacinto Fuentes a pesar de todo el mundo, y levantándose de la silla donde estaba sentado se salió de la dicha junta, y el expresado Pedro Martínez se encaró con Alejandro Viguera»,⁸³ tuvo que ser resuelta por la justicia municipal, que finalmente aceptó al candidato a examen.

La expresividad del caso nos pone frente a varias realidades que niegan cualquier tipo de análisis unidireccional. Como decimos, entrar en negocios de paisanos fue una práctica habitual, repetida igualmente en el caso de los comerciantes, pero los encontronazos y rencillas del día a día pudieron romper los lazos de apoyo. Por otro lado, aunque en este caso Fuentes acabó integrándose en el gremio, en otros los oficiales buscaron alternativas con las que poder aumentar unos ingresos para mantener a sus familias. En Dijon, el caso del oficial tonelero Nicolas Girardot, de cincuenta años, es comparable con el de Fuentes, ya que se resolvió gracias a la intervención de los cargos municipales;⁸⁴ no obstante, en otras ocasiones, se optó por la producción y mercadeo ilegal en lugares alejados de la vigilancia gremial, como se observó en la Lleida del XVI.⁸⁵ Por último, agotadas las oportunidades, la migración se impuso de nuevo como alternativa: había que elegir entre el retorno o un destino diferente.

⁸³ Archivo Histórico Municipal de Murcia, leg. 4056.

⁸⁴ Edward J. Shephard: «Movilidad social y geográfica del artesanado en el siglo XVIII: estudio de la admisión a los gremios de Dijon, 1700-90», en Victoria López y José A. Nieto (eds.): *El trabajo en la encrucijada...*, o. cit., pp. 37-69.

⁸⁵ Maria José Vilalta: «Los artesanos...», o. cit., p. 306

A la vista de lo expuesto, el conjunto de decisiones analizadas atrajo potenciales daños, por lo que se hacía necesaria la búsqueda de seguridades, aunque solo fueran parciales. No resulta apropiado utilizar en este punto conceptos traídos a colación de las reflexiones sociológicas, como es el caso de los *sistemas de expertos* planteados por Giddens, difícilmente aplicable para el Antiguo Régimen —con excepciones como los corredores de seguros—, dado que los riesgos, los miedos e inseguridades se aplacaron mayormente gracias al funcionamiento de una sociedad colectiva. Efectivamente, podríamos citar las instituciones asistenciales, pero en ellas solo observamos daños ya existentes, no potenciales —presente frente al futuro-presente que estamos trabajando—. A lo que nos referimos es a la búsqueda del equilibrio constante con el que poder mantenerse en pie y seguir el camino, a esas *estrategias de supervivencia* que ayudaron a configurar una red de interdependencias.⁸⁶ Partimos de un planteamiento: dado que todo vínculo social asume niveles de asimetría y, por ende, es jerárquico, la dependencia es el motor que activa la interacción entre dos o más nodulos uni o bidireccionalmente de acuerdo con el grado de desigualdad. Los aprendices, oficiales y maestros sin taller dependieron de aquellos *dadores de trabajo* que pudieran integrarlos y mantenerlos en los negocios, mientras que estos precisaron a los primeros a la hora de asegurar beneficios más elevados con los que mantener su posición en la red. Por otro lado, tampoco reconocemos una igualdad entre los maestros con taller abierto, pues la diversificación económica a través de la ocupación en otras actividades —sincrónica o diacrónicamente—, la dedicación del resto de la familia en oficios alternativos o la inversión del excedente han de ser tenidos en cuenta a la hora de observar las diferencias, también las acciones de *distinción* más relacionadas con elementos culturales.⁸⁷ Pero ni podemos articular la dependencia teniendo en cuenta únicamente las relaciones laborales, ni tampoco interpretarlas como una práctica inmóvil. Por el contrario, hemos de atender al conjunto de lazos sociales —vecinales, amicales, familiares, clientelares—, inmiscuidos en una cotidianidad al filo del abismo, donde las ayudas circularon en una y otra dirección de acuerdo con los marcos contextuales, familiares y personales. Hablamos de dinámicas relacionales asentadas sobre la necesidad y el desconocimiento. Es por ello por lo que, si traemos a colación el concepto de *estrategia*, reconociendo su operatividad, también debemos problematizarlo identificando una brecha entre la formulación y la ejecución operativa. El *riesgo* estuvo presente, pero de diferentes formas. El *riesgo* es moldeable y por ello también deben serlo las prácticas que traten de aminorarlo.

⁸⁶ Laurence Fontaine y Jürgen Schlumbohm (2010): «Household strategies for survival: an introduction», *International Review of Social History*, 45, pp. 1-17.

⁸⁷ Francisco Hidalgo Fernández (2024): «Protectores y protegidos: relaciones de dependencia en el artesanado del sureste peninsular (1750-1836)», en Jesús M. González Beltrán y Pablo Ortega del Cerro (eds.): *xx Encuentro de la Ilustración al Romanticismo*, Cádiz: Universidad de Cádiz, en prensa.

Tiempos de incertidumbre social

«La única certeza es la incertidumbre»,⁸⁸ reza una de las frases más célebres de Zygmunt Bauman en referencia a la sociedad contemporánea; y ello porque «las formas sociales [...] ya no pueden mantener su forma por más tiempo, porque se descomponen y se derriten antes de que se cuente con el tiempo necesario para asumirlas».⁸⁹ En suma, si «la vida social se vive en el tiempo»,⁹⁰ tal y como planteó Sztompka, la aceleración del tiempo —mejor dicho, del cambio— se vuelve desconcierto, la inseguridad lo invade todo y la incertidumbre se vuelve ubicua. Hablar de *incertidumbre* social no es más que hablar de un rápido y profundo proceso de cambio donde la capacidad de control se escurre y volatiliza dejando delante de sí un banco de niebla que oscurece el camino, forzado siempre una pregunta recurrente: ¿qué ha de acontecer?

A diferencia de los conceptos trabajados en los epígrafes anteriores —peligro y riesgo—, la incertidumbre encierra claves diferentes, pues no viene determinada por el origen del daño —del contexto o de la decisión—, sino de la velocidad y constancia de las transformaciones. Desde este planteamiento, seguimos sosteniendo que su uso exclusivo para las sociedades contemporáneas presume de falta de perspectiva, así, se puede aplicar a otros periodos históricos, siempre que se reúnan los condicionantes y se ajuste bien al concepto. En este último punto, nuestro interés no se ubica, por tanto, en unos actos concretos, sino en una cronología específica, la de los siglos XVIII y XIX.

La producción historiográfica focalizada en este periodo es intensa y precisamente hunde sus raíces en el análisis del cambio social, primero desde planteamientos estructurales donde la transición del feudalismo al capitalismo fueron protagonistas de la reflexión, segundo, desde una visión que enfatiza la agencia personal, el papel transformador del sujeto histórico donde las *experiencias de transformación* se han consolidado como laboratorios de observación.⁹¹ Como sea, se puede concretar que existe un lugar común en el que se acepta que el periodo transcurrido entre la segunda mitad del siglo XVIII y, al menos, el primer tercio de XIX estuvo marcado por la aceleración. Así, Javier Fernández Sebastián afirma que «la aceleración temporal es un rasgo distintivo de los tiempos modernos y también una de sus facetas más perturbadoras», sobre todo con el advenimiento de las revoluciones americana y

⁸⁸ Javier Callejo: «La sombra de la incertidumbre», en Ramón Ramos Torre y Fernando J. García Selgas (eds.): *Incertidumbres...*, o. cit., pp. 47-68.

⁸⁹ Zygmunt Bauman (2008): *Tiempos líquidos. Vivir en una época de incertidumbre*, México D.F.: Tusquets, p. 7.

⁹⁰ Piotr Sztompka (1995): *Sociología del cambio social*, Madrid: Alianza, p. 65.

⁹¹ Pablo Ortega del Cerro: «Cambio e Historia...», o. cit.

francesa, cuando «el mundo atlántico había entrado en un estado de agitación febril para el que todavía a mediados de la década de los veinte [del siglo XIX] no parecía vislumbrarse un punto final»;⁹² acontecimientos sobrevenidos y contingencias constantes experimentadas por la sociedad de la época de diferentes formas. Muchas obras escritas por las mentes más preclaras del XIX lo manifestaron con claridad, caso de Antonio Flores en su *Ayer, hoy y mañana; o la fe, el vapor y la electricidad*, de 1863,⁹³ o décadas antes por el vizconde de Chateaubriand en *Ensayo sobre las revoluciones*. En este último caso, el prefacio escrito en 1826 es una lectura ejemplar de la celeridad del tiempo a la que aludimos. El autor, que había «visto pasar el reinado de Luis XVI y el imperio de Bonaparte» y que había «participado en el destierro de los Borbones, y anunciado su vuelta», llega a expresarse en los siguientes términos:

Comencé a escribir el *Ensayo* en 1794, y vio la luz pública en 1797. Muchas veces tenía que borrar por la noche el cuadro que de día había dibujado, porque los acontecimientos corrían más que mi pluma, y sobrevenía una revolución, que daba al traste con todas mis comparaciones.⁹⁴

Efectivamente, los acontecimientos corrían más que la pluma de aquella minoría que la supiese utilizar y más que la capacidad de adaptación de la mayoría. La incertidumbre se presentó en todas las facetas de la vida —mucho antes de la *modernidad líquida*—, y como resultado se produjo una transformación en la forma de concebir el tiempo, donde el futuro tomó protagonismo en sustitución del pasado, antaño posicionado como referente. Volviendo a Fernández Sebastián, «la preocupación creciente por la celeridad de los tiempos y el advenimiento del futuro no fueron dos desarrollos independientes; al contrario, se trata de un proceso concomitantes y entrelazados».⁹⁵ Pues bien, ¿cómo acometer su análisis?

Posiblemente sea en el terreno político donde lo incierto de esta cronología se identifique con mayor claridad. Las revoluciones, la caída de viejas monarquías, el ascenso de nuevas formas de gobierno, la independencia de territorios, las guerras napoleónicas, la creación de constituciones... Todo era nuevo, pero el terremoto no solo sacudió el tablero político: la economía y la sociedad se vieron igualmente tensionadas por la presencia de viejas formas, cada vez más caducas, y los

⁹² Javier Fernández Sebastián (2021): *Historia conceptual en el Atlántico ibérico. Lenguajes, tiempos y revoluciones*, Madrid: Fondo de Cultura Económica, pp. 399-405.

⁹³ Pablo Ortega del Cerro y Francisco Precioso Izquierdo (2020): «Una sociedad en cambio: experiencias de transformación desde los estratos superiores (siglos XVIII-XIX)», en Francisco García González y Francisco Chacón Jiménez (eds.): *Familias, experiencias de cambio y movilidad social en España (siglos XVI-XIX)*, Cuenca: Universidad de Castilla-La Mancha, pp. 13-24.

⁹⁴ François-René, vizconde de Chateaubriand (1850): *Ensayo sobre las revoluciones*, tomo I. Madrid: Mellado Editor, p. XXV.

⁹⁵ Javier Fernández Sebastián: *Historia conceptual...*, o. cit., p. 437.

desconocidos escenarios que se iban abriendo paso. La dialéctica entre el pasado y el presente se evidenciaba en el día a día en la búsqueda de espacios sólidos y seguros. La élite lo manifestó, a veces a través de sus comportamientos, otras explícitamente por escrito en cartas, memorias o ensayos. Los trabajadores, por el contrario, lo hicieron mediante un desconcierto diario que podremos reconstruir gracias a sus trayectorias y sus prácticas.⁹⁶

Desde el siglo XVIII en adelante, el artesanado, como el resto de los colectivos socioprofesionales, fue partícipe de los cambios que se sucedieron, algunos favorables y otros adversos. Y es que cabe recordar que la incertidumbre, a diferencia del peligro y el riesgo, no siempre entraña potenciales daños negativos, así como no es, por definición, un desconocimiento total, sino un conocimiento expuesto a equívocidad. Así, a principios de la centuria parece que las lógicas de comportamiento gremial, fundamentadas en el igualitarismo y la mesocracia —*ganancia estable y desigualdad limitada*—, estaban consumando su ruptura, un proceso que hundía sus raíces en las contracciones de la oferta y la demanda del XVII. Para el caso inglés, la «old orthodox chronology» ubicó en esta última cronología el declinar de las corporaciones artesanales, una tesis de clara tradición weberiana.⁹⁷ Por el contrario, autores como Stephan R. Epstein han retrasado el proceso hasta mediados del XVIII.⁹⁸ La «new orthodox chronology» toma fuerza, ya que, frente a la precocidad inglesa, se constatan similitudes con otros territorios europeos como los italianos, que desde la década de 1760 experimentaron un declinar en la densidad gremial, o los franceses e hispánicos, en los que el debate sobre la reforma o supresión se puso encima de la mesa de los gobiernos ilustrados en el último tercio del siglo.⁹⁹ Aun así, las esferas del debate político se ubicaron en horizontes alejados para los trabajadores, por lo que la incidencia en la sensación de incertidumbre, de existir, tuvo que ser moderada. Lo que realmente afectó al aumento del desconcierto fue su aplicación y, sobre todo, las tensiones generadas desde entonces. Así, la supresión decretada por Turgot en la Francia de 1776 duró apenas unos meses hasta que se restituyesen de nuevo, aunque, bien es cierto, era imposible volver al estado original. El proceso de disolución definitivo ya había empezado.¹⁰⁰

⁹⁶ Francisco García González: «Trayectorias familiares...», o. cit.

⁹⁷ Sheilagh Ogilvie (2008): «Rehabilitating the guilds: a reply», *The Economic History Review*, 61, 1, p. 178.

⁹⁸ Stephan R. Epstein (2008): «Craft guilds in the pre-modern economy: a discussion», *The Economic History Review*, 61, 1, p. 156; Michael Berlin (2008): «Guilds in decline? London livery companies and the rise of a liberal economy, 1600-1800», en Stephan R. Epstein y Maarten Prak (eds.): *Guilds, innovation and the european economy, 1400-1800*, Cambridge: Cambridge University Press, pp. 316-341; Masaru Yonoyema (2019): «The decline of guilds and their monopoly in English provincial towns, with particular reference to Exeter», *Urban History*, 46, 3, pp. 445-448.

⁹⁹ Luca Mocarrelli (2008): «Guilds reappraised: Italy in the Early Modern Europe period», *International Review of Social History*, 53, pp. 162-166.

¹⁰⁰ Pere Molas Ribalta (2018): «Ideas sobre la supresión de los gremios en Francia», en Rafael Torres Sánchez (ed.): *Studium. Magisterium et amicitia. Homenaje al profesor Agustín González Enciso*, Pamplona: Eunat, pp. 323-328.

Parecida situación encontramos en España, donde «el estricto divorcio entre *experiencia* y espíritu empresarial»¹⁰¹ del pensamiento fisiocrático había calado, y esto se manifestó en una actividad normativa iniciada en la década de 1770. La real cédula de 30 de abril de 1772 o la del 23 de julio de 1793 facilitaban la entrada de extranjeros en los gremios,¹⁰² mientras que otras leyes se publicaban con el propósito de liberar ciertos oficios, caso de las nobles artes en 1785 o los torcedores de seda en 1793.¹⁰³ Fue en 1811, bajo el reinado de José I, cuando se dio un paso cualitativo en el reconocimiento de la libertad del trabajo en clara relación con la propiedad privada. Finalmente, el 8 de junio de 1813, las Cortes de Cádiz, en su decreto *Sobre el libre establecimiento de fábricas y ejercicio de cualquier industria útil* terminaban de poner las bases de la supresión del sistema gremial, todavía sujeto a idas y venidas durante las dos décadas siguientes.¹⁰⁴

Las novedades legislativas, el derrocamiento de gobiernos y los difíciles comienzos del Estado liberal generaron una sensación de incertidumbre que empantanó todos los rincones de la vida diaria. En la Antequera de 1824, Juan Galán declaró que, «en estos reinos revueltos con la llamada Constitución», había abierto tienda aun sin estar aprobado de maestro, «mas conociendo no poder seguir» suplicaba a la Congregación de Plateros su admisión a examen para no tener que cerrar el negocio.¹⁰⁵ Por otro lado, la pérdida de potenciales mercados, provocada por la independencia de las colonias americanas, supuso el decaimiento de corporaciones como fue el caso de la sedera valenciana,¹⁰⁶ mientras, la desarticulación de los gremios desembocó en estrategias colectivas que buscaban un resguardo y una seguridad en retroceso desde el avance de la liberalización del trabajo, como es el caso de los faquines barceloneses estudiados por Romero Marín,¹⁰⁷ que desarrollaron una solidaridad posteriormente convertida en fuerza política. Y es que las

¹⁰¹ Allan Potofsky (2009): *Constructing Paris in the Age of Revolution*, Basingstoke: Palgrave and Macmillan, p. 63.

¹⁰² José Antolín Nieto Sánchez: «Migraciones artesanas, gremios e industrialización tardía en Madrid, 1750-1850», *Revista de Encuentros Latinoamericanos*, VIII, 1, p. 48.

¹⁰³ Cédula del Consejo de 1 de mayo de 1785. *Novísima Recopilación...*, o. cit., tomo IV, libro VIII, título XXII, Ley V, p. 178; Cédula del Consejo de 29 de enero de 1793. *Novísima Recopilación...*, o. cit., tomo IV, libro VIII, título XXIII, Ley XII, pp. 184-185.

¹⁰⁴ José Antonio Yborra Limorte (2011): «El Decreto CCLXII, de 8 de junio de 1812, sobre la libertad de industria, oficio y trabajo», en Pilar García Trobat y Remedio Sánchez Ferriz (coords.): *El legado de las Cortes de Cádiz*, Valencia: Tirant lo Blanch, pp. 375-390.

¹⁰⁵ Archivo Histórico Municipal de Antequera, Cofradía de San Eloy, Caja 32, carpeta 33.

¹⁰⁶ Daniel Muñoz Navarro y Ricardo Franch Benavent (2021): «El artesanado sedero y las fluctuaciones del mercado laboral en la Valencia preindustrial (1479-1836)», *Investigaciones de Historia Económica*, 17, p. 27.

¹⁰⁷ Juanjo Romero Marín (2019): «Revolución liberal y oficios: los faquines del puerto de Barcelona en el siglo XIX», en Àngels Solà (ed.): *Artesanos, gremios y género en el sur de Europa (siglos XVI-XIX)*, Barcelona: Icaria, pp. 213-238. Véase también para el puerto de Barcelona Jordi Ibarz (2020): «Fin del sistema gremial, liberalismo y desarrollo de unas relaciones de trabajo capitalistas en el puerto de Barcelona, 1834-1873», *Ayer*, 120, 4, pp. 143-169.

transformaciones no eliminaron las inercias, que ocuparon los espacios de una certidumbre, aunque solo fuese ilusoria.

Si el desconcierto reinó entre los artesanos, más aún lo hizo entre aquellos de origen extranjero, particularmente franceses. La Revolución de 1789 originó una movilización realista de dimensiones continentales, especialmente intensa tras la muerte de Luis XVI. En España, donde la presencia de migrantes franceses fue especialmente relevante en toda la costa mediterránea, Aragón, Navarra, Madrid y Cádiz, la normativa publicada desde la década de 1790 tuvo consecuencias en la expulsión —casi siempre momentánea— de las zonas de costa y la frontera hacia el interior; la incautación de los bienes, así como asaltos populares y movilizaciones xenófobas.¹⁰⁸ Un cúmulo de circunstancias con repercusiones en el cierre de negocios, o bien la cesión momentánea de la gestión a apoderados, como ocurrió entre los comerciantes, o en el descenso de la demanda. Aun así, este primer conflicto con Francia se resolvió con relativa facilidad mediante la firma de la paz de Basilea en 1795, por lo que muchos pudieron volver antes de ver dilapidado su patrimonio. No hubo, sin embargo, que esperar mucho para un nuevo envite, el que se produjo tras la invasión napoleónica y el inicio de la guerra de Independencia. Ambos acontecimientos ayudaron a crear un escenario plenamente incierto, incluso para aquellos que llevaban décadas viviendo en suelo hispánico.

El caso de Nicolas Chamero y es ejemplar. Al comienzo de la guerra, en octubre de 1808, es hecho prisionero en Madrid, desde donde se le pretendía trasladar a El Escorial. La petición para evitarlo da cuenta de las experiencias vividas desde inicios de la Revolución francesa. Así, el expediente elaborado relata que, el 20 de septiembre de 1789, Chamero y llegó a la corte de Madrid, donde contrae matrimonio con Juana Fernández un año más tarde. En 1791, se incluyó en la matrícula de extranjeros como transeúnte, aunque, como se indica, «habiendo reflexionado sobre ello después de tres o cuatro días prestó el juramento de fidelidad al rey de España». No parece que esto sirviese, pues las órdenes emitidas en 1793 le llevaron de vuelta a Francia, concretamente a Burdeos, donde tuvo a su hija. A su regreso a Madrid, pasados dos años del nacimiento, «la hizo bautizar [...] en la parroquia de San Sebastián para que siempre constare que era española». En lo profesional, se daba noticia de sus cuatros años como oficial mayor en la platería de Martínez,¹⁰⁹ y hasta ocho años como maestro con tienda abierta en la plazuela del Ángel, tiempo

¹⁰⁸ Jesús M. González Beltrán (1996-1997): «Legislación sobre extranjeros a finales del siglo xviii», *Trocajero*, 8-9, pp. 103-118; Ricardo Franch Benavent (2003): «Inmigración extranjera y reacciones de xenofobia a finales del Antiguo Régimen: algunas consideraciones sobre su incidencia en los casos de Valencia y Alicante», *Saitabi*, 53, pp. 117-132.

¹⁰⁹ José Manuel Cruz Valdovinos (1988): *La Real Escuela de Platería de don Antonio Martínez*, Madrid: Artes Gráficas Municipales.

en el que «no se ha mezclado directa, ni indirectamente en asuntos del gobierno francés, ni menos ha tenido trato con persona alguna del ejército, que de la referida nación permaneció por cuatro meses en esta corte», de ahí que manifestase: «jamás ha temido ser insultado por el pueblo de Madrid». Pese a ello, el 16 de septiembre de 1808 fue conducido a la cárcel, por lo cual días después pidió a las autoridades «pase a guardar carcelaria a su casa en compañía de su familia que será desgraciada si el que suplica es conducido al Escorial»; del mismo modo que otro platero francés, Gaspar Bodevin, vecino de Madrid desde la década de 1770, pedía ser liberado a fin de limitar los «graves perjuicios» en su casa y «las pesadumbres que son consiguiertes a su familia».¹¹⁰ La situación del primero se extendió unos años más, pues, como se señaló en expedientes posteriores, «arrojados de España los ejércitos de Napoleón se fue con ellos», por lo que no se dudó en tildarlo como un «agente satélite del usurpador». Su regreso a Madrid, en 1817, vino seguido de la orden de expulsión a veinte leguas de la capital —no acatada— y la subsiguiente salida a Francia.¹¹¹

Más allá del caso de Nicolas Chamero, o de las múltiples historias de vida que pueden traerse a colación, en las que manifiestan «las vicisitudes de los tiempos desgraciados», en los años finales del siglo XVIII y a lo largo de las tres primeras décadas del XIX convergieron diferentes procesos, algunos recientes, otros con profundas raíces, que desembocaron en contingencias permanentes, temporales, pero que, como señalase Luhmann, crearon «contingencias sociales». En el ocaso del Antiguo Régimen, la incertidumbre también se hizo ubicua y el *sentido biográfico* perdió su conectividad. La vida se convirtió en encrucijada.

Conclusiones

El mundo artesanal ha sido objeto de una numerosa producción historiográfica, pese a que los intereses han ido modificándose. Así, si la literatura más tradicional enfocó sus esfuerzos en el funcionamiento institucional, teniendo las ordenanzas como una de sus fuentes predilectas, desde algunas décadas a esta parte los elementos a analizar se han multiplicado y, sobre todo, se han problematizado. El objetivo de nuestro capítulo no es otro que el de apostar por una historia social del artesanado que, aplicando una mirada amplia, ponga el foco en sus prácticas, en sus experiencias y en sus formas de vida. Para ello, en las páginas anteriores hemos traído a colación tres conceptos sobre los que articulamos el capítulo: *peligro*, *riesgo* e *incertidumbre*.

¹¹⁰ Archivo Histórico Nacional, Consejos, 17790, exp. 1.

¹¹¹ Archivo Histórico Nacional, Consejos, 49642, exp. 90.

El punto de partida han sido las reflexiones sociológicas que se vienen produciendo desde hace décadas en torno a las transformaciones de la sociedad contemporánea. Las tesis de Beck, Giddens, Bauman o Sennett ayudan a dibujar un proceso de aceleración del cambio social provocado por las formas de producción industrial, los avances tecnológicos y las políticas neoliberales, que afectan sobremanera a las relaciones sociales e, incluso, a las emocionales. En primer lugar, las catástrofes mundiales, especialmente climáticas, ponen en evidencia un daño de dimensiones planetarias y hacen aumentar las cotas de riesgo. En segundo lugar, el incremento de la aceleración desemboca en una incertidumbre omnipresente. Todo acaba cuando apenas nos hemos adaptado, todo termina sin asentarse, empujados a un rápido y constante inicio. No obstante, a nuestro entender, estos planteamientos, asumiéndolos en parte, están desprovistos de perspectiva histórica, pues se reconoce de manera implícita y otras veces explícitas la excepcionalidad de la sociedad contemporánea. No estamos de acuerdo, pues el *peligro*, el *riesgo* y la *incertidumbre* tuvieron presencia en el pasado; también hubo etapas de aceleración del cambio social.

Claro está, y así lo hemos manifestado, que no podemos realizar una transposición de los términos utilizados en la actualidad al estudio de la sociedad del Antiguo Régimen, pues se necesita de una problematización y una reflexión que los reconceptualice para eliminar la pátina de presentismo. Hecho esto, su aplicación parece oportuna si lo que queremos es examinar las experiencias de transformación, las trayectorias vitales y familiares, en este caso, del artesanado hispánico. El *peligro* se manifestó constantemente en forma de guerras, epidemias y catástrofes; el *riesgo* estuvo omnipresente en cada decisión, especialmente entre esa mayoría social que anduvo siempre falta de equilibrio; por último, la *incertidumbre* caracterizó tiempos convulsos, de rápidas y, también hay que decirlo, profundas transformaciones: la de los siglos XVIII y XIX. En suma, el Antiguo Régimen careció de transparencias. La oscuridad del futuro fue reconocida en la cotidianidad.

Hace unos años el profesor Salas Auséns utilizó para el título de uno de sus trabajos las recurrentes expresiones incluidas en las escrituras de últimas voluntades. En muchas declaraciones que pretendían expresar el rumbo de los deseos sucesorios se incluyeron alternativas mediante las expresiones: «Pero si..., y si..., por si...». ¹¹² La vida es movimiento casi siempre incierto, arriesgado y peligroso, con un daño potencial al acecho ante el cual hay que armarse, buscar resquicios de seguridad. La vida no es lineal, la vida no es transparente, la vida no es monótona, ni segura... Comprenderlo es el primer paso para poder historiarla.

¹¹² José Antonio Salas Auséns (2015): «Pero si..., y si..., por si...: asegurar la pervivencia de la casa en el Alto Aragón en la Edad Moderna», *Obradoiro de Historia Moderna*, 24, pp. 225-255.

En *Artisanos. Una historia social en España (siglos XVI-XIX)* se integran un conjunto de contribuciones que tienen a los artesanos y las artesanas de la Edad Moderna y primera contemporaneidad como objeto de estudio. Reconociendo las nuevas perspectivas y aportaciones de la historia social y la historia del trabajo manufacturero, la obra tiene como objetivo reunir a un conjunto de especialistas en las diferentes líneas de investigación llevadas a cabo por la historiografía española de los últimos años sobre el artesanado. Es una puesta al día en la materia, pero también un punto de inicio de investigaciones que podrán desarrollarse al calor de las reflexiones, perspectivas, temáticas y conclusiones elaboradas a lo largo de estas páginas. Entre los temas desarrollados: nuevas categorías y retos conceptuales, mercados profesionales marcados por características propias de acuerdo con el espacio, pero también con cronologías particulares, el aprendizaje gremial, los movimientos migratorios, la participación de las mujeres en las actividades de producción, la conflictividad laboral o el corporativismo artesano en el XIX. En suma, la obra es un alto en el camino que nos permite debatir y pensar antes de continuar trabajando en un mundo laboral moderno repleto de aristas, contrariedades, estereotipos y tópicos todavía por superar.

